

**BIBLIOTECA DE
CULTURA VASCA**

**EL HOMBRE
PREHISTÓRICO
EN EL
PAÍS VASCO**

**POR
J. DE BARANDIARAN**



**FORAL VASCA
> EKIN <
B. NOS AIRES**

JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN

BBA

EL HOMBRE PREHISTÓRICO EN EL PAÍS VASCO

Dibujos del autor

Varios gráficos fueron adaptados para la presente edición por

KERMAN ORTIZ DE ZARATE

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA ANTIGUA Y MEDIA
DE ESPAÑA

EDITORIAL VASCA EKin S. R. L.

PERÚ 175

BUENOS AIRES

1953

Con las debidas licencias

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Artes Gráficas Sebastián de Amorrortu e hijos, Luca 2223 — Buenos Aires

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA ANTIGUA Y MEDIA
DE ESPAÑA

INTRODUCCIÓN

Las investigaciones arqueológicas y etnográficas efectuadas en el territorio vasco, principalmente durante la primera mitad de este siglo, nos han dado a conocer la existencia de una población pirenaica anterior a la historia y nos han permitido columbrar su proceso multisecular y la evolución de sus modos de vida y de sus concepciones míticas y religiosas.

Como las conexiones de los vascos históricos con ciertos núcleos de aquella población parecen cada día más patentes, los problemas relativos a la vida social del pueblo vasco, a su derecho tradicional, a su religión y a su cultura material requieren, para ser estudiados a fondo, el concurso de las investigaciones prehistóricas locales.

Estas fueron raras antes de 1916. Los escasos descubrimientos efectuados por los investigadores vascos eran debidos a esfuerzos esporádicos, sin coordinación ni plan que los aunara u organizara. Tales fueron los trabajos de prospección y las exploraciones de Baraibar y de Apraiz en Alava, los del conde de Lersundi en la cueva de Aitz-bitarte, los de Iturralde en Aralar, los de Gálvez Cañero en las cavernas de Armiña y Balzola, los de Détroyat en la región de Bayona, los de Daguin en Mouligna, los de Vidal en Anglet, los de Darricarrère, etc.

Fué el dolmen de Eguilaz, llamado *Aizkomendi* por los

naturales, el primer monumento prehistórico descubierto en el país vasco. Dió cuenta del mismo don Pedro Andrés de Zabala, alcalde de Salvatierra, en una comunicación que en 1833 dirigió a la Academia de San Fernando.

Entre las primeras monografías publicadas acerca de la prehistoria de esta parte del Pirineo, merecen ser citadas las de Détyroyat ("Notice sur les stations de l'âge de la pierre découverts jusqu'ici autour de Bayonne", en el *Bulletin de la Société des Sciences, Arts et Lettres de Bayonne*, 1877-1878), de Baraibar ("Los dólmenes de Alava", en *Euskal-Erria*, II, pág. 207, San Sebastián, 1881), de Becerro de Bengoa ("Los dólmenes celtas", en *Euskal-Erria*, III, pág. 153), de Apraiz ("Los dólmenes alaveses", en *Euskal-Erria*, XXVII, XXXIV y XLIV), de Iturralde ("La prehistoria en Navarra", Pamplona, 1911), de Gálvez Cañero ("Nota acerca de las cavernas de Vizcaya", en el *Boletín del Instituto Geológico de España*, XXXIII, Madrid, 1913), de Gombault ("Tumulus et enceintes funéraires de la région d'Iraty", en *Bulletin de la Soc. des Sc., A. et L. de Bayonne*, 1914), de Gonzalo de Reparaz ("Las cavernas de Aitzbitarte en Landarbaso", en *Euskal-Erria*, págs. 369-376. San Sebastián, 1902), de Edouard Harlé ("Les grottes d'Aitz-bitarte, ou Landarbaso, à Renteria près de St. Sébastien", en *Bol. de la R. Acad. de la Hist.*, abril de 1908, pág. 339).

Pero los estudios más notables de aquella época eran las primeras publicaciones de Aranzadi y Ansoleaga sobre los dólmenes del Aralar navarro ⁽¹⁾ y las de Passemard sobre el yacimiento de Isturitz ⁽²⁾. Con ellas se

(1) "Exploración de cinco dólmenes del Aralar" (Pamplona, 1915).
 (2) "Fouilles à Isturitz" (Bull. Soc. Préh. Franç., 1913).

dió un notable avance al conocimiento de la prehistoria vasca.

En el año 1916 fué constituido por Aranzadi, Barandiarán y Eguren el primer grupo que, con el fin de conocer el pasado prehistórico de la población pirenaica occidental, se proponía realizar una metódica exploración de las regiones vascas. Tal fué el núcleo alrededor del cual se formó más tarde (1921) la sección prehistórica del instituto o seminario *Ikuska*. Este instituto, solo al principio e incorporado más tarde (1924) a la Sociedad de Estudios Vascos, trabajó sin interrupción hasta el año 1936. Sus miembros recorrieron al efecto una gran parte del país y descubrieron casi todo lo que conocemos de la prehistoria vasca. Excavaron diversos monumentos megalíticos y yacimientos prehistóricos, como los dólmenes de Aralar, de Ataún-Borunda, de Altzania, de Aizkorri, de Elosua-Plazentzia, de Belabieta, de Urbasa, de Entzia, de la región de Auritz (Burguete y Espinal) y de Gorriti y Murumendi, las cuevas de Santimamiñe, de Lumentxa, de Bolinkoba, de Polvorín, de Atxurra, de Ermittia, de Jentiletxeeta, de Jentilzubi, de Lamiñenekatza, de Silibranka, de Urtiaga, de Balzola, así como las cuevas artificiales de la región meridional de Alava, deshabitadas de Kuutzemendi, de Salvatierrabide y Surbi, etcétera. Al mismo tiempo el doctor Passemard efectuaba la excavación de la cueva de Isturitz que más tarde fué continuada por el doctor René de Saint-Périer.

La literatura relativa a las investigaciones prehistóricas vascas de esta época es mucho más rica que la de los tiempos anteriores, como puede apreciarse en la nota bibliográfica que va al fin de este trabajo. Entre

las obras publicadas, merecen ser citadas algunas, particularmente "Les stations paléolithiques du Pays Basque" (Bayonne, 1924) y "La caverne d'Isturitz en Pays Basque" (París, 1944), del doctor Passemard; "La grotte d'Isturitz", I, II y III (París, 1930, 1936 y 1952), del doctor René de Saint-Périer; "Exploración de catorce dólmenes del Aralar" (Pamplona, 1918), de Aranzadi y Ansoleaga; "Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano" (San Sebastián, 1919), de Aranzadi, Barandiarán y Eguren; "Exploraciones de la cueva de Santimamiñe", I, II y III (Bilbao, 1925, 1931, 1935), de Aranzadi, Barandiarán y Eguren; "El hombre primitivo en el País Vasco" (San Sebastián, 1934) y "Exploración de la cueva de Urtiaga", I (en *Eusko-Jakintza*, 1947), de Barandiarán; "Exploración de la cueva de Urtiaga", II (en *Eusko-Jakintza*, 1948), de Aranzadi y Barandiarán; "Pequeño ensayo sobre la prehistoria y paleontología del cuaternario de Guipúzcoa y sus materiales de estudio" (en *Ikyska*, N^{os}. 6-9. Sara, 1947 y 1948), de Jesús Elosegui Irazusta.

Atendiendo tan sólo a los materiales recogidos en los Pirineos occidentales, no sería posible conocer la prehistoria vasca. Muchos de los hechos que registra la arqueología pirenaica cubren extensas áreas de las regiones periféricas, lo que demuestra que la población de los valles vascos no estuvo aislada en ninguna época. Por eso su estudio resultaría acéfalo si lo desconectáramos del cuadro general de la prehistoria del SW. de Europa.

Si el Paleolítico inferior y medio del país vasco aparece ligado con la evolución cultural de gran parte del mundo antiguo, el Paleolítico superior tiene sus raíces

auriñacienses en los países orientales, y algunas de sus manifestaciones, conocidas en los yacimientos vascos, pueden hallarse relacionadas con las que jalonan un largo recorrido desde las regiones meridionales de Rusia. Más tarde llegan de los países centroeuropeos formas culturales solutrenses, tras las cuales se desarrollan técnicas y artes, al parecer de origen y factura indígenas, desde la Dordoña y el Ariège hasta Asturias, irradiándose en varias direcciones hacia el centro y sur de la península ibérica. Al mismo tiempo llegan diversas oleadas de la técnica africana llamada capsense que matizan fuertemente las culturas del sudoeste europeo y que repercutieron sobre todo en la industria mesolítica y preneolítica vasca. Durante el Neolítico y edades siguientes interfieren en los valles pirenaicos los estilos procedentes de la península ibérica, los de los países nórdicos y los de la zona mediterránea y quizás también los asiáticos. Todo lo cual demuestra que el estudio de la prehistoria vasca debe basarse tanto en el material proporcionado por la investigación de los Pirineos occidentales como en el de los países aledaños.

SUELO Y CLIMA

Una población desarrolla generalmente sus técnicas y sus modos de vida en dependencia del paisaje o del cuadro natural en que vive. Por eso, quien desee conocer la población prehistórica del Pirineo vasco y su cultura, deberá tener una visión, siquiera sea somera, de los rasgos más importantes del suelo y del clima de aquel país.

El relieve actual del territorio vasco, con todos sus accidentes y contrastes, es debido a la acción combinada de su estructura original y de las erosiones subsiguientes. Un considerable rebajamiento de la zona axial de la cordillera pirenaica en esta parte y un intrincado plegamiento de todas sus formaciones constituyen el carácter fundamental de su suelo. De donde resulta un paisaje accidentado y desigual, montañas en todas direcciones y estrechos valles y encañadas formando un relieve laberíntico en casi toda la extensión del país.

Tales valles y montañas ofrecen cierta unidad y rasgos comunes:

altitudes moderadas, mucho más bajas que en los otros sectores del Pirineo;

pasos fáciles de un valle al otro y de una vertiente a la otra;

predominio de las formaciones cretácicas con numerosas cavernas en las cuencas del Ibaizabal, del Gernika, del Lea, del Ondarroa, del Deba, del Urola, del Oria, del Bidasoa, Uhertzi (o Nivelle), de la Nive, del Biduze y del Saison en la vertiente oceánica, y del Bayas, del Zadorra, del Ega, del Larraun, del Erro, del Urrobi, del Ariel, del Salazar y del Ezka en la vertiente mediterránea;

red fluvial, cuyas arterias principales, orientadas en general perpendicularmente al eje de la cordillera, desembocan en los pequeños valles costeros o en los de los países periféricos;

clima suave con influencias oceánicas de un lado y mediterráneas y continentales del otro;

zonas de humedad y de frescura, ambiente propicio al desarrollo de la vegetación herbácea y forestal;

el océano y la costa, la cual mide más de 200 kilómetros: costa rocosa, cortada en acantilado, de poca altura entre Biarritz y Fuenterrabía, de colinas más elevadas al occidente;

playas de suave declive en las desembocaduras de los ríos y veinte puertos naturales entre el Adour y la ría de Bilbao.

No faltan, sin embargo, contrastes y oposición entre los elementos de este cuadro. Son desiguales las dos vertientes de la cordillera, con suelo, relieve y condiciones climáticas diferentes. El lado meridional, cuyas aguas van al Ebro, presenta pendientes relativamente suaves y prolongadas; el septentrional, cuyas aguas des-

embocan en el océano, se caracteriza por lo abrupto de sus montañas y la profundidad de sus valles. Allí los valles son amplios, y la menor actividad de sus corrientes de agua ha permitido que se conserven las terrazas de sus antiguos aluviones; acá las precipitaciones atmosféricas, generalmente muy abundantes, y la forma de la misma vertiente, de escasa proyección horizontal, activan constantemente la erosión y la denudación de las rocas y producen incontables torrenteras; en este lado especies botánicas de tierras húmedas con bosques de castaños, de hayas, de robles y de abetos y con helechales y pastos verdes; en el otro, vegetación de tierras más secas y más cálidas asociada, en las montañas, a la de clima húmedo, con robledales, encinares, bojerales y pastos.

Tal es el cuadro del Pirineo vasco, muy apropiado en su zona montañosa a los grandes herbívoros, a los que atrae mediante sus pastos y les proporciona alimento y refugio.

La fauna, a su vez —la terrestre y la del mar—, atrae al hombre, como también le atraen el bosque con su material combustible y de construcción, el suelo con sus tierras laborables y con sus minerales y los ríos con sus saltos de agua.

Pero el ambiente físico de nuestros días, cuyos rasgos hemos señalado brevemente, no es exactamente el mismo de otros tiempos, ni ofrece las mismas posibilidades a la actividad humana. El clima de hoy no ha regido siempre, la configuración de las comarcas ha sufrido variaciones importantes, la fauna y la flora de otras edades no se

han conservado en su conjunto, las condiciones de habitabilidad han ido cambiándose constantemente.

El ambiente actual es, pues, el resultado de un largo proceso; pero no representa todo el proceso. Puede, sin embargo, servirnos de punto de apoyo para llegar al conocimiento de sus fases anteriores. Y en éstas precisamente debemos buscar el auténtico escenario de la población prehistórica del Pirineo vasco. Con esto quiero decir que nuestra visión del paisaje actual, modificada conforme a los datos positivos que tengamos de las edades prehistóricas, puede darnos idea del medio físico de aquellos tiempos y facilitarnos la comprensión de los modos de vida de nuestros lejanos antepasados.

Para lograrlo, el prehistoriador echa mano de materiales arqueológicos y paleontológicos, sirviéndose principalmente de la estratigrafía y de la situación relativa de las terrazas fluviales y marítimas y —en algunos casos— de las morrenas de glaciares en la ordenación cronológica de sus documentos.

Criterio estratigráfico. — Desde que el hombre habita en tierra vasca, ha ido dejando en ella restos de su cuerpo, de sus industrias, de sus artes y de diversos objetos de su uso. En muchos sitios, particularmente en abrigos roqueños y en cavernas, que han servido de albergue a varias generaciones de hombres, tales restos han quedado superpuestos, formando estratos diferentes juntamente con la tierra que se les ha ido mezclando. Tal ocurre en los yacimientos de Isturitz, de Urtiaga, de Ermitia, de Lumentxa, de Santimamiñe, de Bolinkoba y de otras localidades del país vasco cuyos nombres figuran en el



Fig. 1. — Yacimiento prehistórico de Isturitz (corte vertical).

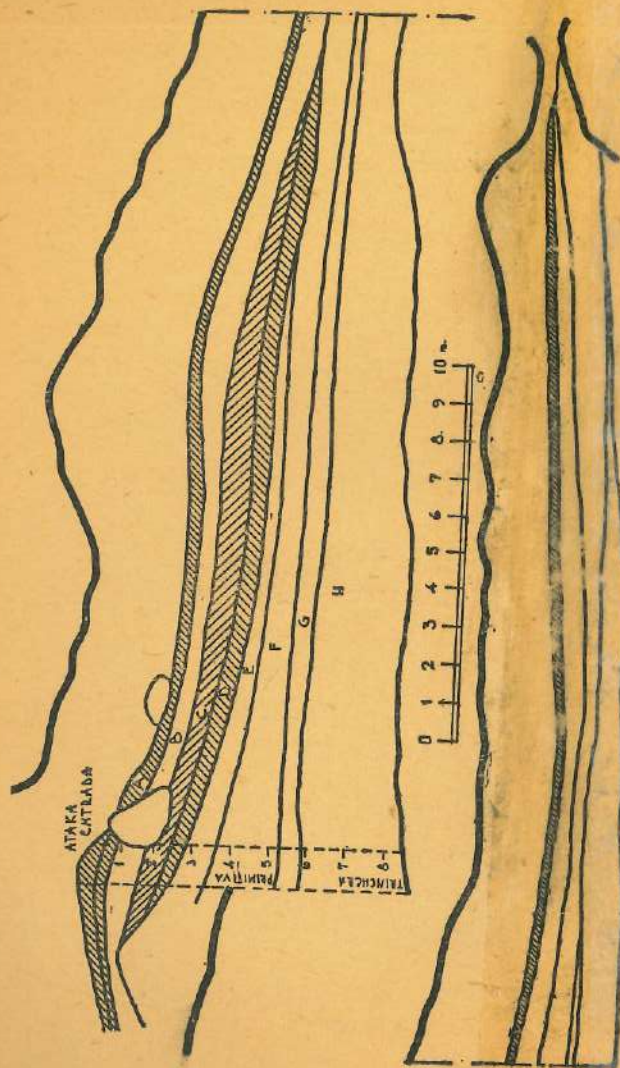


Fig. 2. — Yacimiento prehistórico de Santimamiñe (Cortezubi, Vizcaya): corte vértico-longitudinal de la parte excavada.

catálogo de estaciones prehistóricas que va en el primer apéndice de esta obra. Los cortes verticales de los yacimientos de Isturitz y de Santimamiñe (figs. 1 y 2) dan una idea de cómo se presentan a veces los estratos arqueológicos y paleontológicos, es decir, ordenadamente superpuestos, de suerte que de dos estratos contiguos el inferior es el más antiguo. En tales casos las formaciones prehistóricas son verdaderos archivos en los que los documentos se hallan cronológicamente ordenados. Estudiándolas, podemos conocer, no sólo los materiales en ellas contenidos, sino también las variedades del clima, de la flora y de la fauna y la sucesión cronológica de las razas humanas y de sus industrias y de sus artes. Finalmente, la comparación del material procedente de las estaciones pirenaicas occidentales con el hallado en otras partes del mundo puede permitir el entronque de la Prehistoria vasca en la Prehistoria universal.

Glaciarismo. — Por causas que todavía no son bien conocidas, ha habido en Europa durante el último período geológico, es decir, durante el Cuaternario, período de clima frío en que todas las regiones del norte hasta Holanda y parte de Alemania, toda Suiza, los Alpes, parte de los Pirineos y otras cordilleras han estado bajo un espeso manto de hielo. De las altas montañas descendían lentamente por los valles y encañadas grandes masas de hielo, resultado de la transformación de las nieves perpetuas, estriando las rocas y surcando profundamente el lecho donde se deslizaban, como ocurre todavía en zonas elevadas de los Pirineos y de los Alpes. Tales masas reciben el nombre de *glaciares*.

El glaciar arrastra grandes cantidades de barro y cantos arrancados a las peñas, y cuando desciende en su curso a un nivel cuya temperatura ordinaria es suficientemente elevada, el hielo se derrite y los materiales transportados por él quedan allí formando grandes acumulaciones o canchales de forma semicircular o de una U, llamadas *morrenas*. Estas constituyen hoy uno de los vestigios más patentes de los glaciares cuaternarios, y su emplazamiento revela la enorme extensión que tales fenómenos alcanzaron.

En el Pirineo vasco no hay trazas seguras de glaciares, lo que es comprensible dado lo relativamente bajo del nivel de sus más elevadas montañas. Pero, a juzgar por los restos de glaciares que aparecen en otras comarcas pirenaicas y en otras cordilleras, hubo en Europa durante el primer período —Pleistoceno— de la era cuaternaria, no una sino varias etapas en las que los glaciares, a causa de recrudecimientos de clima, avanzaron extraordinariamente: se llaman *períodos glaciares*. El tiempo transcurrido entre un período glaciar y el siguiente, estaba caracterizado por un clima benigno, con el consiguiente retroceso de los glaciares: se llama *período interglaciar*.

Los profesores A. Penck y E. Brückner comprobaron la existencia de vestigios y de acumulaciones morrénicas correspondientes a cuatro grandes expansiones o *períodos glaciares* en la región alpina. Los llamaron —empezando por el más antiguo— *Gunziense*, *Mindeliense*, *Rissense* y *Würmiense* respectivamente, nombres tomados de los de otros tantos ríos alpinos. El profesor Obermaier

reconoció morrenas de los mismos períodos en los Pirineos centrales.

Los restos más antiguos del hombre y de sus obras, conocidos hasta hoy en las regiones del oeste europeo, datan del primer período interglaciar Günz-Mindel; algunos tal vez de la aurora del Cuaternario, antes de la glaciación gunziense.

Depósitos aluviales.— Al pie de las montañas y a lo largo de los valles hallamos frecuentemente extensas graveras y arenales. Por la magnitud de tales acumulaciones y por su situación nos convencemos de que no han sido formados por los ríos actuales. Son producto de erosiones intensas y de acarreo de agua procedente del deshielo en los períodos interglaciares y de las copiosas lluvias pleistocénicas.

Durante aquellos períodos fueron erosionados y excavados muchos valles vascos por caudalosas corrientes, fenómeno que fué precipitado en algunos casos por el cambio de nivel de base de los ríos. Por eso en sus flancos aparecen hoy depósitos aluviales, a modo de terrazas escalonadas, testigos de antiguos ríos: la terraza más elevada representa aluviones de río más antiguo. Es fácil comprender la importancia de este hecho para establecer la cronología relativa de los restos paleontológicos y arqueológicos contenidos en tales depósitos. En el río Nive han sido reconocidas cinco terrazas. Tam-



Fig. 3.— Corte teórico del valle excavado por un río y de las terrazas sucesivas depositadas por el mismo en sus orillas.

II

EL HOMBRE DEL PALEOLITICO INFERIOR EN EL PAIS VASCO

Al principio de la era cuaternaria el territorio ocupado hoy por el pueblo vasco presentaba, en general, un relieve análogo al de nuestros días, al menos en sus rasgos principales. Sólo las orillas del mar tuvieron algunos desplazamientos en casi toda la extensión del golfo de Vizcaya, según nos lo indican las antiguas terrazas de los ríos; las montañas alcanzaban una mayor altitud; los valles y barrancos no estaban tan profundamente surcados como ahora; no existían aún muchas de las colinas actuales, testigos o reliquias hoy de antiguas formaciones que fueron barridas por las erosiones y denudaciones pleistocénicas.

Desde las primeras etapas del Paleolítico inferior vivía ya el hombre en el país vasco. Varios instrumentos bifálicos tallados en piedra, propios de su industria rudimentaria, dan testimonio de ello. Tal es, por ejemplo, una hacha de piedra, procedente de Biarritz, que figura en el museo de St-Germain y que según el doctor Passemard, pertenece al Abbeviliense o al Achelense ⁽¹⁾. Ta-

⁽¹⁾ E. Passemard, *Les Stations Paléolithiques du Pays Basque*, pág. 46. Bayonne, 1924.

les son también varias piezas de piedra tallada de estilo achelense que figuran en el Museum de Bayona como procedentes de los alrededores de esta ciudad (fig. 4). De la misma factura es un hacha de pedernal hallada en la colina de *Aitzabal*, al sur de Vitoria, que figuraba en mi colección del seminario vitorienso.



Fig. 4. — Hacha achelense de cuarcita de Isturitz (según St. Périer).

Aunque la forma y el estilo de la talla no son en esta clase de instrumentos el criterio más seguro para determinar su edad, podemos creer que estas piezas pertenecen al Paleolítico inferior, mientras no se demuestre otra cosa.

Considerados aisladamente, estos objetos no nos dicen

mucho acerca del hombre inferopaleolítico. Pero son datos que, asociados a los de otros países, nos permiten barruntar qué raza de hombres poblaban los Pirineos en aquellos remotos tiempos y cuáles eran sus modos de vida.

Más de un tipo humano había probablemente en la población europea al principio de aquella edad. Uno de sus representantes más próximos al país vasco, entre los conocidos hasta hoy, era el *Maueranthropus* hallado cerca de Heidelberg (Alemania). En época más reciente (Tayaciense), pero todavía dentro del Paleolítico inferior, existía, al parecer, otro tipo humano —el *Homo sapiens*—, según reciente descubrimiento de Fontéchevade. Son también de la misma edad los hombres fósiles de Piltdown (de cráneo casi braquicéfalo), de la Denise (dolicocefalo) y de Swanscombe, que presentan caracteres de esta última raza.

El hombre de aquella edad se dedicaba principalmente a la caza, como lo prueban los restos de comida que dejó en las localidades donde vivió. El rinoceronte (*Rhinoceros etruscus* de Chabiague, cerca de Biarritz), el elefante (*Elephas trogontherii* de Arruntz), el oso (de Aizkirri, de Mairuelegorreta, de Santimamiñe, de Trosketa, de Isturitz, etc.) y otros grandes mamíferos no le faltaban en el país. La caza de estos animales constituía su principal ocupación. Sus sentidos y sus fuerzas físicas e intelectuales estaban concentrados en el perseguimiento razonado de los mismos, no por placer, sino por necesidad, a fin de proveerse de alimentos. Su modo de vida fundamental, su sistema económico, estaba, pues, basado en la aprehensión. Y aunque ésta comprendía sin duda

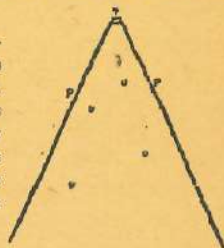
la recolección de plantas y de frutas, era la caza la expresión o la forma exterior de la civilización inferopaleolítica.

El ejercicio de la caza estaba erizado de peligros y dificultades, no sólo porque el cazador podía ser cazado por las fieras, sino también porque éstas le disputaban la presa. No hay que olvidar que en nuestros valles y montañas discurrían el león, la hiena, el lince, el lobo y otros carnívoros. El hombre procuraba defenderse contra las arremetidas de tales vecinos mediante sus armas y, sobre todo, mediante el fuego, cuya posesión daba al hombre enormes ventajas.

Los instrumentos de madera y de piedra, de que el hombre disponía, no eran aptos para cazar animales grandes, como el elefante, el hipopótamo, el rinoceronte, el oso —no está demostrado suficientemente que el oso fuese cazado por el hombre prehistórico— ni podían ser utilizados apenas como armas arrojadas en la persecución de estas especies. Por eso el método de caza preferido era el de las trampas y fosas, combinado con el ojeo tal como ha sido practicado en el país vasco hasta nuestros días para la captura de lobos y de vacas y caballos montaraces. Unas veces una cuadrilla de hombres desparramados en el extremo de una sierra, van recorriéndola, dando gritos y silbidos, hasta el otro extremo, donde otros cazadores, armados, esperan a los animales que llegan despavoridos. Otras veces los lobos son conducidos así hacia un desfiladero o también hacia un campo limitado por dos paredes que convergen en un lugar estrecho donde las fieras, que llegan huyendo de los cazadores, caen en una profunda fosa disimulada mediante

ramaje que la cubre. Tal dispositivo recibe el nombre de "otsaleku" en algunas regiones y el de "lobera" en cier-

Fig. 5. — Lobera de Gibijo (Kuartango-Alava). Las paredes PP miden 300 metros de largo por 2,50 de altura y 0,80 de grosor. En el sitio donde convergen existe un hoyo o trampa T de 6 m. de largo, 5 de ancho y 4 de profundidad. En los sitios señalados con el signo U hay esperas o refugios donde algunos de los cazadores aguardan el paso del lobo para herirle por detrás.



tas comarcas de Alava. Los hay en las sierras de Gorbea y de Gibijo. Entre Arzamendi y Mondarrain hubo otro, cuyo recuerdo ha llegado hasta nosotros entre los pastores de la región de Itxasu (fig. 5) ⁽¹⁾. Para la caza menor eran probablemente utilizados venablos y picas de madera, así como la porra arrojadiza (semejante a la que usan todavía muchos pastores), de la que el hacha de piedra enmangada sería una variedad (fig. 6).



Fig. 6. — Makilla o porra arrojadiza de pastor.

Los otros tipos de instrumentos de piedra que aparecen en los yacimientos de esta edad eran utilizados principalmente en la fabricación de utensilios y armas de madera y en el descuartizamiento de los animales cazados. Ellos demuestran que el hombre de esta parte del mundo había alcanzado ya un

(1) El día 3 de abril de 1931, estando yo en Trespuentes (Alava), los vecinos de este pueblo y de otros dieciocho situados alrededor de la sierra de Badaya, subieron a esta montaña armados con palos y escopetas con el fin de capturar un lobo mediante el procedimiento de ojeo.

grado de cultura técnica superior al de ciertos pueblos primitivos todavía existentes, como son los pigmeos de Africa, los negritos de Filipinas, los andamaneses, los weda de Ceilán y otros.

La caza de los grandes paquidermos y, sobre todo, del oso, cuya captura ofrecía grandes peligros, requería el concurso de muchos individuos. Esto prueba un hecho particularmente importante: que los hombres del Paleolítico inferior sabían organizarse en sociedad, formando grupos suprafamiliares, lo que constituía uno de los más importantes elementos de progreso.

Siendo a la sazón esta clase de caza la ocupación principal en el orden económico, no es extraño que aparezca ella como la forma exterior de toda la civilización paleolítica. Toda manifestación cultural estaba matizada por la preocupación de la caza. Así, la religión, cuya existencia en aquella remota edad nos ha sido revelada (según opinión de algunos prehistoriadores) por los yacimientos alpinos de Drachenloch y de otras cavernas, tomaba su expresión en la actividad venatoria. Los cráneos y los huesos largos de oso, cuidadosamente colocados y protegidos, como lo hacen todavía los pueblos árticos, recuerdan los sacrificios culturales que estos últimos ofrecen al Ser Supremo. Análoga interpretación cabe dar a los huesos largos de oso que se hallaban, al parecer intencionadamente colocados, en un nicho de la caverna de Haristoy (San Martín de Arberua, en Laburdi). Pero esto debe ser confirmado por nuevas investigaciones antes de darlo por seguro. Es éste el más antiguo testimonio de la vida religiosa que conocemos en la Prehistoria.

III

PALEOLITICO MEDIO

El Paleolítico medio comprende gran parte del tercer período interglaciario y del cuarto glaciario.

El tipo humano que habitó, durante esta edad, en extensas zonas del mundo antiguo, era el llamado *Homo primigenius* o de Neandertal, cuya cabeza presentaba, entre otras particularidades, las siguientes: frente huida, arcos superciliares muy salientes, mandíbulas proyectadas hacia adelante en forma de morro y mentón poco acusado. En Isturitz fué hallada, juntamente con varios huesos del oso de las cavernas y del rinoceronte, una mandíbula humana de esta raza ⁽¹⁾.

Junto al *Homo primigenius* continuaba una de las razas de la edad anterior —el *Homo sapiens*— que logró sobrevivir a todos los otros tipos humanos prehistóricos.

A

LEVALLOISIENSE

Después del Paleolítico inferior, cuyas últimas etapas pertenecen ya a la tercera glaciación (Rissienne), una

(1) Según Henri Breuil, citado por Marcelino Boule: *Les Hommes Fossiles*, pág. 184. París. 1923.

industria de lascas, de traza levalloisiense, hace su aparición en nuestro país. Hasta ahora la localidad donde han sido descubiertos instrumentos de este estilo, es Chabiague, cerca de Biarritz. Y aunque todavía no ha sido

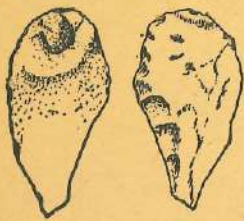


Fig. 7.—Piedras de pedernal del Levalloisiense de Xabiaga (Biarritz).

confirmada definitivamente la edad que se les atribuye, podemos atenernos a la idea de que datan de principios del Paleolítico medio, mientras no se demuestre lo contrario. Son todos de pedernal negro o gris que presentan plano de percusión preparado y muy inclinado, y formas diversas, como de perforadores, raspadores, cuñas, mazas, etcétera (fig. 7).

B

MUSTERIENSE

Al clima cálido del interglaciador Riss-Wurm corresponden las primeras etapas del período musteriense. Este se caracteriza principalmente por su industria, que, en el país vasco, se halla representada en las estaciones arqueológicas de Olha (Cambo), de Isturitz, de Micoteau (Anglet), de Lahonce, de San Pedro de Irube, de Polvorín (Carranza) y de Jentilzubi (Dima). Además, han sido hallados vestigios de la misma industria en Hendaya, en Bidart, en Aitzbitarte (Rentería) y en Zúñiga (figura 8).

El abrigo roqueño de Olha, situado sobre la confluencia del arroyo del mismo nombre y del Nive, contiene

uno de los yacimientos musterienses más típicos e instructivos.

Empezó a ser ocupado hacia el final del interglaciador Riss-Würm, cuando la fauna local contaba aún entre sus

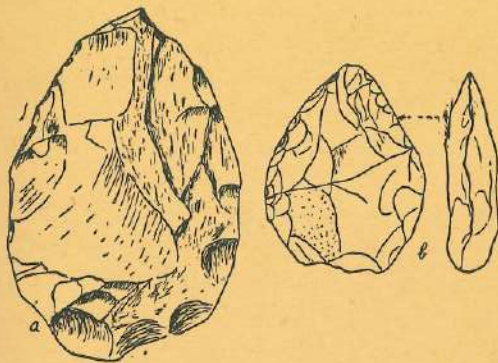


Fig. 8.—Industria musteriense: a), bifáceo de cuarcita (Moullina); b), hacha de mano de Olha, vista de frente y de perfil (según Passemard).

especies al *Rhinoceros Merckii*. Los hogares más recientes del abrigo pertenecen ya a la glaciación würmiense con fauna de clima frío representada por *Elephas primigenius*, *Rhinoceros tichorhinus*, el reno, a los que hay que agregar el oso, la pantera, el caballo, el ciervo y otras especies indiferentes al clima.

La industria de los primeros tiempos de Olha estaba caracterizada por grandes hachas de ofita, de cuarzo, de cuarcita y de pedernal. Eran piezas de 15 cm. y aun más de largo, desgajadas de grandes guijarros mediante percusión. Tenían la base redondeada y los costados (a veces ambas caras) retocados hasta formar en el lado opuesto a la base un corte o una punta afilada. Existían

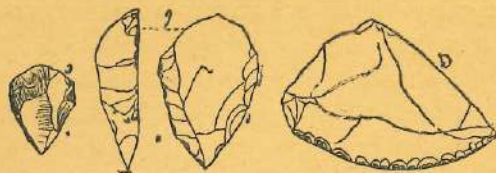


Fig. 9. — Industria musteriense: a), raedera de Olha; b y c), puntas de Isturitz (según Passemard).

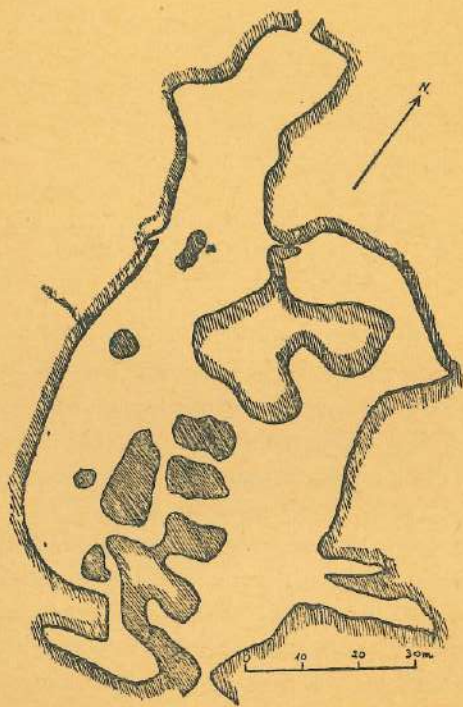


Fig. 10. — Croquis, en planta, de la cueva de Isturitz.

igualmente raederas y raspadores tallados en lascas de pedernal.

En las etapas más recientes del mismo yacimiento todos los instrumentos son de pedernal. Ya no hay hachas. Pero abundan otros instrumentos de pedernal tallados, como diversas puntas de venablos retocadas por una sola cara, raederas, raspadores y buriles (fig. 9).

En el importante yacimiento prehistórico de la cueva de Isturitz (fig. 10), el desarrollo del Musteriense aparece con caracteres análogos a los de Olha, a saber: clima templado al principio y frío después. No existe fauna fría en los primeros tiempos, siendo indiferentes al clima las especies registradas, como son el oso y la

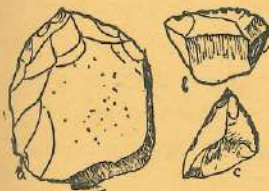


Fig. 11. — Pieza pugiloide de sílex (a), raedera (b) y punta (c) de Isturitz (según Passemard).



Fig. 12. — Buril musteriense de Isturitz (según Passemard).

hiena de las cavernas, el caballo, el ciervo, el toro, el zorro, etc. La industria comprende pequeñas hachas de pedernal, percutores esféricos, raederas, puntas y grandes piezas talladas en ofita y cuarcita.

En los niveles más recientes aparece la fauna fría (con

Rhinoceros tichorhinus y Reno), acompañada de industria lítica con puntas de venablo talladas en una cara, raederas, percutores, buriles, algún raspador y trozos de ocre utilizados, así como numerosas diáfisis intencionadamente marcadas (figs. 11 y 12).

LA VIDA EN EL PALEOLÍTICO MEDIO

El modo de vida del hombre de esta edad era la caza, como en el Paleolítico inferior. De ello nos convencen los restos de animales que hallamos en las habitaciones humanas. La captura del elefante, del rinoceronte, del toro, del caballo, del reno, del ciervo y de otros animales que discurrían por el Pirineo y regiones vecinas, constituía su ocupación material más importante.

La necesidad de perseguir a los animales le obligaba a practicar la trashumancia, como lo hacen ciertos primitivos actuales de civilización similar.

Su morada predilecta, sobre todo en la última parte de este período, eran las cavernas que ofrecían refugios de temperatura agradable durante la larga etapa de la glaciación würmiense.

Las especies cazadas, los vestigios de trampas hallados en otros países y la comparación con la vida de los pueblos cazadores actuales nos inducen a creer que los hombres pirenaicos del Paleolítico medio, formando grupos más o menos numerosos, efectuaban la caza al ojeo, o también en trampas y fosas, para apoderarse de los animales mayores. Para la caza menor tenían venablos, porras y otras armas arrojadizas provistas de punta de pedernal.

Nada sabemos de su vestido. Tal vez adornaban su cuerpo con pinturas, a juzgar por los fragmentos de óxido rojo de Isturitz que muestran señales de haber sido utilizados.

Cultivaban el cariño familiar, del cual son indicio las inhumaciones de cadáveres de niños y de adultos cuidadosamente efectuadas, según datos procedentes de yacimientos musterienses de otras regiones. Junto a los muertos depositaban instrumentos y amuletos. Esto prueba que tributaban culto o veneración a los difuntos y creían en la vida de ultratumba, cosas ambas que aparecen en todas partes estrechamente asociadas a creencias y sentimientos religiosos.

Es indudable que durante esta edad, lo mismo que en lo restante del Paleolítico, el hombre tenía que vencer grandes dificultades para lograr su sustento, lo que explica, en parte, la relativa brevedad de su vida. Si tenemos en cuenta la edad alcanzada por los individuos del Paleolítico cuyos restos han sido hallados y estudiados hasta ahora, podremos asegurar que eran raras las personas que pasaran de los cincuenta años ⁽¹⁾.

(1) Los restos humanos del Paleolítico superior y del Mesolítico, pertenecientes a 178 individuos, han permitido determinar la edad que tenían éstos al morir. Henri V. Vallois asegura que más de un tercio de estos hombres sucumbió antes de los 20 años; la gran mayoría de los restantes murió entre los 20 y 40 años; 13 individuos murieron entre los 40 y 50 años; sólo 3 rebasaron los 50 años de edad. Se ve, pues, que la duración media de la vida era mucho más corta que en nuestros días (*L'Anthropologie*, t. 49, nos. 3-4, pág. 449.)

IV

PALEOLITICO SUPERIOR

El Paleolítico superior coincide, en gran parte, con la glaciación würmiense, que, según algunos, comenzó hace 30.000 años, siendo su duración de 20.000 años aproximadamente.

Indicios hay de que, en el transcurso de tan largo período, el clima de nuestros países occidentales sufrió algunas variaciones; pero, en general, se caracterizó por un ambiente frío de la tundra, seguido de otro igualmente frío, pero seco y estepario.

El límite de las nieves perpetuas, que en los Pirineos centrales se halla actualmente alrededor de los 3.000 metros de altitud, descendía durante aquel período a 1.700 metros sobre el mar, y los glaciares llegaban hasta 1.000 metros más abajo que este nivel, según lo revelan sus morrenas terminales, visibles en muchos lugares de aquella parte de la cordillera. Como el nivel de las nieves perpetuas estaba aún más bajo en las regiones próximas al mar Cantábrico (en los Picos de Europa descendía hasta 1.400 metros) a causa de su mayor humedad, es probable que varios de los montes de Vasconia estuvieran constantemente bajo una capa de nieve suficiente

para originar pequeños glaciares. Lo que está fuera de duda es que la temperatura media en el país vasco era entonces bastante más baja que actualmente, en un clima semejante al actual del norte de Inglaterra.

De acuerdo con estos caracteres del paisaje natural, la flora comprendía bosques raquíuticos de especies árticas, si bien en las comarcas expuestas al mediodía no debieron de faltar praderas de vegetación más rica y variada.

La fauna estaba caracterizada por el mamut, el rinoceronte (*Rh. tichorhinus*) y el reno, propios de clima frío. Con estas especies convivían otras, indiferentes al

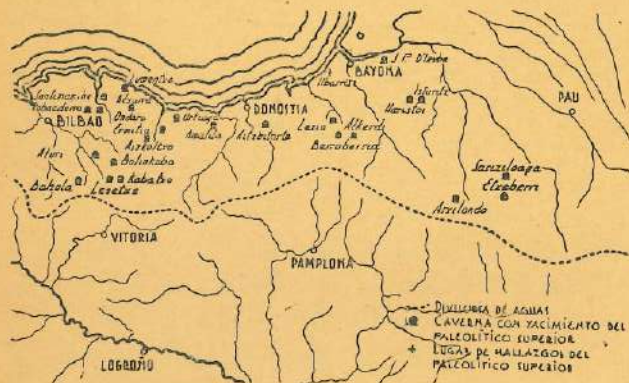


Fig. 13. — Yacimientos superpaleolíticos del Pirineo Vasco.

clima, como el toro, el bisonte, el ciervo, la cabra, el caballo, el oso, el jabalí, el lobo, la hiena, la pantera, etcétera, cuyos vestigios y restos han sido hallados, dentro del territorio vasco, en los yacimientos de Santamamiñe, de Lumentxa, de Bolinkoba, de Ermitia, de Ur-

tiaga, de Aitzbitarte, de Armiña, de Isturitz y de Lezia (Sara).

Los citados yacimientos, con los de Balzola, Polvorín, Berroberria, Ilbarritz y San Pedro de Irube, y los muros dibujados de Santamamiñe, de Laperra, de Alkerdi, de Isturitz y de Etzeberriko-karbia, con sus grabados y pinturas, constituyen los archivos donde han sido estudiados hasta hoy los documentos relativos al hombre del Paleolítico superior en el país vasco (fig. 13).

El hombre. — A qué raza o tipo humano pertenecían quienes habitaron en tales localidades durante la totalidad o parte del Paleolítico superior, se puede barruntar por los materiales óseos estudiados en los países vecinos; quizás también por algunos del propio país vasco, que, si no remontan con seguridad hasta el Paleolítico, se le aproximan mucho y pueden, por lo tanto, representar a los hombres que poblaron los Pirineos occidentales durante las postrimerías de aquel período.

Entre los huesos humanos del Paleolítico superior descubiertos en localidades más próximas a Vasconia y cuyo estado de conservación ha permitido determinaciones morfológicas aprovechables, se hallan los de Combe-Capelle, de Chancelade y de Cro-Magnon en Dordonia, de La Biscordine (Lot), de Camargo (Santander), del Parpalló (Valencia), de la Solana (Segovia) y de Baoussé-Roussé.

El tipo de Combe-Capelle, de pequeña estatura, es dolicoocráneo, tiene cabeza armónica (cara y cráneo largos), bóveda craneal elevada, arcadas superciliares muy marcadas, nariz ancha (platirrino), mandíbulas algo pro-

minentes (ligeramente prognato) y mentón poco acusado. Algunos le consideran como predecesor de la actual raza mediterránea.

El de Chancelade, también de talla pequeña, es igualmente dolicoocráneo, tiene cabeza armónica (cara y cráneo largos), bóveda craneal alta, arcadas inapreciables, nariz estrecha (leptorrino) y mentón saliente. Relacionado con el tipo esquimoide por Testut.

El de Cro-Magnon, de talla elevada, es también dolicoocráneo, tiene cabeza desarmónica (cráneo largo y cara ancha), arcadas poco acusadas, nariz estrecha, maxilares poco prominentes (ortognato) y mentón muy saliente.

Los documentos óseos de Baoussé-Roussé pertenecen a la raza de Cro-Magnon. Con ésta se hallan relacionados también los del Parpalló y la mayor parte de los descubiertos en la cueva de la Solana. Los de La Bisordine como los de Camargo han sido asimilados a los de Oberkassel (cerca de Bona) que presentan ciertos rasgos cromañoides y otros esquimoides.

La raza de Cro-Magnon estuvo, al parecer, más extendida que ninguna otra en el sudoeste europeo, especialmente en los países próximos al Pirineo y es de presumir, por lo tanto, que entrara como elemento importante en la población pirenaica.

Esta última conclusión aparece confirmada por los restos humanos hallados en el propio país vasco, principalmente en la cueva de Urtiaga. Uno de los cráneos que descubrimos en ésta, durante nuestra campaña de exploraciones de 1936, y que data quizás de fines del Paleolítico, posee diversos rasgos que le asimilan al tipo de Cro-Magnon, juntamente con otros que le aproximan

a la llamada raza pirenaica. Los demás cráneos de Urtiaga (los azilienses, sobre todo) concuerdan, por varios de sus caracteres, mejor con esta última que con la de Cro-Magnon. Diríase que, en la última etapa paleolítica, la población cromañoides del país había iniciado una evolución hacia el ortognatismo (perfil recto de la cara, prescindiendo de la nariz), la rinoprosopia (gran desarrollo vertical de la cara en relación a la longitud de la boca) y la estrechez maxilar propios del tipo pirenaico o vasco.

Género de vida. — Para comprender la vida del hombre superopaleolítico, importa conocer, no sólo el cuadro o el ambiente físico en que se desarrolla, sino también de las habitaciones humanas de aquella época. La figura 13 indica cuál es la distribución de las mismas en el Pirineo vasco. Los yacimientos conocidos hasta ahora se hallan casi todos en las cavernas de la vertiente oceánica, a no más de 500 metros de altitud sobre el nivel del mar. Así su repartición responde forzosamente a la de los afloramientos calcáreos. Pero, dentro del área de estas formaciones y de las cavernas del país, las estaciones del Paleolítico superior se reparten obedeciendo a otros factores del paisaje: el hecho de hallarse en una zona comprendida debajo de determinado nivel y ocupar lugares que dominan los puertos, los sitios de confluencia de regatas y montañas y los accesos naturales a los valles y a las cuencas altas de los ríos, son buen indicio de ello. Todo parece indicar que, en la elección de sus moradas, los hombres tuvieron en cuenta la proximidad de los *ate* o sitios apropiados al pasaje

espontáneo o forzado de los animales que vivían en la comarca. Las cuevas de "Polvorín" y "Venta de Lapererra" en la ladera del Pico Mirón (Carranza), la de "Santimamiñe" sobre el collado de Lezika, la de "Bolinkoba" sobre Atxarte, la de "Atxuri" sobre Mañaria, la de "Ermittia", la de "Aizkoltxo", la de "Urtiaga", la de "Aitzbitarte", la de "Lezia", la de "Haristoi", la de "Isturitz", etc., confirman esta suposición.

Las observaciones precedentes revelan que la población de los Pirineos occidentales vivía de la caza de animales salvajes, lo que aparecerá más claramente aún al estudiar su alimentación y sus utensilios y armas. Su ocupación preferente era, pues, similar a la de sus predecesores del Paleolítico inferior y medio, si bien las especies cazadas, la técnica de la caza y hasta sus concepciones religiosas y jurídicas fuesen diferentes.

Etapas. — En el largo proceso de la cultura superpaleolítica del Pirineo vasco pueden distinguirse varias etapas, semejantes a las que han sido reconocidas y designadas en otros países con los nombres de Aurifiñaciense, Solutrense y Magdaleniense.

Aun dentro de cada etapa se impone a veces una ordenación cronológica de los datos, porque éstos no corresponden siempre a un mismo momento prehistórico. Por eso se precisa representarlos frecuentemente en diversos planos de perspectiva, conforme a indicaciones estratigráficas de cada yacimiento.

A

AURIFIÑACIENSE. — Las estaciones aurifiñacienses que conocemos en el País Vasco, se hallan en las cuevas de

Laperra, de Santimamiñe, de Bolinkoba, de Atxurra, de Lezia, de Isturitz y de Etxeberriko-karbia; en el abrigo roqueño de Bouben y en la gravera de Saint-Pierre-d'Irube, en Anglet y en Ilbarritz (fig. 14).



Fig. 14. — Yacimientos aurifiñacienses del Pirineo Vasco.

La cultura aurifiñaciense se extiende por la Europa occidental, Inglaterra, Alemania central y meridional, Suiza, los Balcanes, Rusia central y meridional, Irán y Africa oriental. Algunos creen que se originó en el próximo Oriente, de donde fué propagándose a los demás países.

Esta etapa representa un avance considerable en el modo de vida del hombre paleolítico, sobre todo en lo que respecta a la técnica de las armas, de los utensilios y de la caza, a las artes y a la expresión del mundo conceptual de la época.

Alimentación. — Los restos de comestibles, asociados a los utensilios y armas aurifiñacienses en los ya citados yacimientos vascos, revelan que aquí, como en otros paí-

ses, la caza constituía todavía la principal fuente de aprovisionamiento. La fauna, pues, continúa siendo elemento de tanta importancia como en la economía de los períodos precedentes. Pero, mientras el hombre del Paleolítico inferior y medio cazaba preferentemente el oso de las cavernas y el elefante, el del Auriñaciense buscaba el reno, el ciervo, el caballo y el toro. De los restos de comida del tramo auriñaciense de Santimamiñe (Vizcaya) son de ciervo 20 %, del caballo 12 %, de la cabra montés 8 %, del jabalí 8 %, del oso 6 %, del corzo 2 %. En menores proporciones aparecen el gato montés y algunas aves, como la corneja y el arrendajo. En Isturitz el caballo y los bóvidos predominan; les siguen el reno y el ciervo.

A la diferencia de especies cazadas respondían instrumental y técnicas de caza diferentes (con armas a base de láminas de pedernal y puntas de hueso y con trampas y batidas organizadas entre muchos individuos), así como obras de arte y de religión adecuadas a la nueva modalidad venatoria. Era, pues, todavía la caza el centro alrededor del cual giraba, en cierto modo, la civilización, si bien la recolección de comestibles vegetales tenía indudable importancia.

Industria.— Los instrumentos más característicos de la industria auriñaciense vasca, en su etapa más antigua, son ciertas puntas u hojas curvas talladas en láminas de pedernal, con retoques en su lado convexo, las cuales pudieron servir de instrumentos cortantes en el extremo de un palo, como también de armas de tiro. Hay también raspadores aquillados que debieron de ser utilizados

para cepillar objetos de madera y de hueso. Otros instrumentos de pedernal tallados presentan forma adecuada para grabar (buriles), y otros son raederas o anchas láminas cuya arista convexa ha sido retocada (fig. 15).

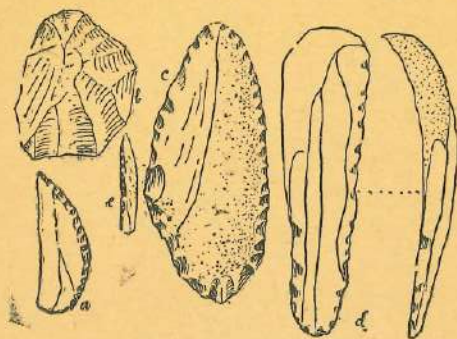


Fig. 15. — Industria del auriñaciense inferior de Santimamiñe: a), punta curva; b), raspador; c), raedera; d), lámina con retoques marginales; e), lámina o punta de dorso rebajado.

En tramos más recientes aparecen raspadores en morro y aquillados y puntas de hueso de base hendida asociados a otros utensilios de pedernal (láminas con retoques marginales, buriles de diferentes formas, puntas tiédricas de dorso achaflanado) y de hueso y cuerno de reno (azagayas y punzones provistos de cabeza) (fig. 16). Ciertos instrumentos de hueso y de cuerno presentan rayas grabadas que han sido interpretadas como "marcas de caza". Un hueso de ave de Isturitz provisto de tres orificios, es considerado como instrumento músico. Fragmentos de óxido rojo, raspados y desgastados, parecen utilizados como colorantes (fig. 17).

En la última etapa de esta cultura, la industria lítica presenta, además de los modelos anteriores, diversas for-

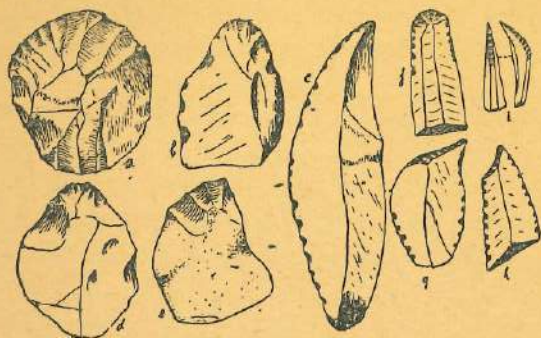


Fig. 16. — Industria lítica del aurifiaciense medio: a, b, c), raspadores y láminas de Isturitz; d, e, f), raspadores de Ilbarritz; g, h, i), buriles y punta de dorso achafranado de Santimamiñe.

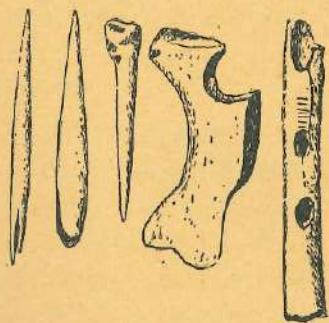


Fig. 17. — Puntas de base hendida, punzón provisto de cabeza, trozo de bastón perforado y tubo de hueso con tres orificios. (De Isturitz, según Passemard.)

mas de láminas recortadas en todo su contorno, raspadores cortos y anchos, buriles de todas las formas (siendo

el de pico de flauta el más abundante), entre los cuales aparece por primera vez el llamado de "Noailles", buriles dobles, buril-raspador y puntas finas de la "Gravette" (fig. 18). Moletas de asperón, percutores y compre-

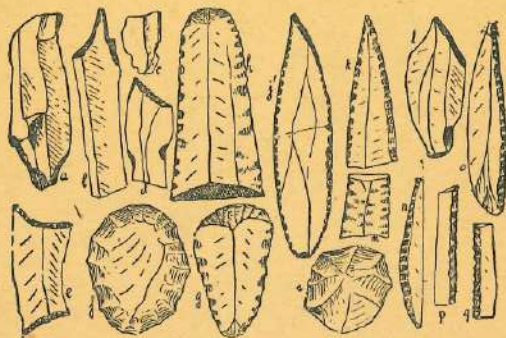


Fig. 81. — Industria lítica del aurifiaciense superior: a, b), buriles de Isturitz; c), id. de Lezia (Sara), (según Passemard); d, e, j, l), buriles de Bolinkoba; f, g, i), raspadores de Bolinkoba; h), raspador en extremo de lámina de Bolinkoba; k, n, o, p, q), puntas y láminas de dorso rebajado, de Bolinkoba; m), lámina con retoques faciales, de Bolinkoba.

sores, que aparecen aquí como en otros niveles, testimonian diversas labores domésticas.

En cuanto a la industria ósea, cabe señalar objetos labrados en hueso, en marfil (raros) y en cuerno de reno y de ciervo, como ciertas varillas con "marcas de caza", puntas de sección circular y puntas y varillas aplanadas, agujas y "bastones perforados" que algunos interpretan ahora como instrumentos para enderezar astas de arpones y de azagayas o para doblegar correas y que son semejantes a los "gabil" utilizados todavía por la industria popular para reblandecer, alisar y redon-

dear las tiras de cuero destinadas a la costura de albarcas, de zurroneos y de otros objetos de piel (figs. 19 A y 19 B).

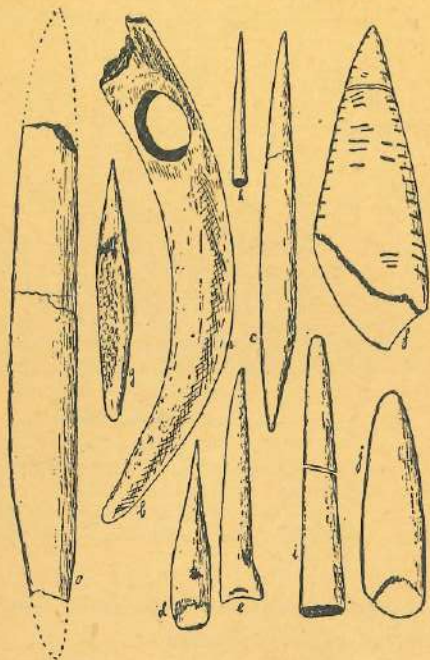


Fig. 19 A. — Industria ósea del auriñaciense superior: a), punta aplanada de Isturitz; b, c, d, e), bastón perforado, punta de azagaya y punzones de Isturitz (según *Passe-mard*); f, g, h, i, j), puñal, punta de flecha (?), aguja (?) y puntas aplanadas de Bolinkoba.

Adornos y amuletos. — Fragmentos de ocre, con signos de utilización, aparecen en el Auriñaciense medio de Isturitz, lo que es indicio de la práctica de la pintura corporal. Pendientes hechos con dientes agujereados de

cérvidos, de hiena, etc., así como conchas perforadas, debieron de servir de adornos, tal vez de amuletos. En el Auriñaciense reciente de Bolinkoba existen también objetos análogos (fig. 19 B).

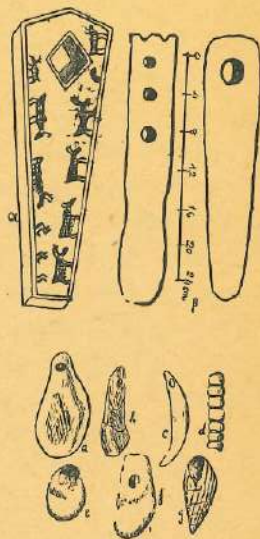


Fig. 19 B. — Arriba: a), enderezador de flechas de los esquimales de Alaska; b), gabil o enderezadores de correas de cuero utilizados todavía en el País Vasco. Abajo: Amuletos o adornos auriñacienses: a, b, c, d), pendientes de piedra, dientes y perlas de Isturitz (*Passe-mard*); e, f, g), literina, colmillo de ciervo y *nassa* de Bolinkoba.

Caza. — La captura de animales salvajes continúa siendo el centro del pensamiento de la civilización superopaleolítica.

Gran parte de la industria auriñaciense responde más o menos directamente a necesidades cinegéticas. Las puntas de azagaya, las de pedernal y aun los raspadores y los compresores se utilizaban en la caza o en la fabricación de armas y otros utensilios relacionados con la actividad venatoria. Las mazas de piedra estaban particularmente indicadas para dar muerte a ciertas espe-

cies. Las láminas, las raederas y otros instrumentos líticos eran adecuados para desmembrar y despedazar los animales capturados.

En la Europa central y aun en buena parte de las regiones de SW. se distinguen tres fases en el proceso de esta actividad durante el Paleolítico superior: la caza del mamut, la del caballo y la del reno. En las regiones pirenaicas, principalmente en el país vasco, la caza del mamut debió de tener escasa importancia. Es el caballo la especie preferentemente cazada aquí durante el Auriñaciense antiguo; síguenle los bóvidos, el ciervo y el reno. El lobo y el raposo rara vez son comidos. La caza de aves es poco practicada: aunque en los yacimientos de cuevas dejaran sus huesos muchos arrendajos, cornejas y buitres, no cabe deducir de ahí que habían sido cazados: como estas especies frecuentan las entradas de los antros o los escarpes que las dominan, la presencia de sus restos en tales parajes puede ser natural.

Los métodos de caza son diferentes, según las especies a que se aplican: en fosas, mediante batidas e incendio de jarales, en trampas de peso, en redes, en nudos y lazos, arremetiendo contra el animal con picas provistas de puntas de hueso o de cuerno, con arpón, con flecha, con mandíbula de oso provista de dientes, etc.

Es posible que en las batidas fuesen utilizados silbos para entenderse a distancia los cazadores, como lo hacen todavía los que efectúan este género de caza. Tal presunción se halla confirmada por un hueso de ave provisto de orificios procedente de Isturitz, que ha sido considerado como instrumento músico.

Fué el caballo, sobre todo, quien impuso una nueva

técnica cinegética en nuestro país: batidas en gran escala para conducir al animal hacia las fosas-trampas, hacia los precipicios, hacia los sitios cercados con vallas, hacia los abrigos roqueños. En los cercados y en los abrigos podía ser cazado vivo mediante lazos, probablemente mediante el *bizto* o *lakio*, que es una cuerda que forma un lazo corredizo en la punta de un palo largo. Con él son capturados, aun ahora en el país vasco, los caballos semisalvajes que pacen en los montes. La caza mediante el *bizto* parece hallarse indicada en uno de los caballos grabados de Urriaga (fig. 20).

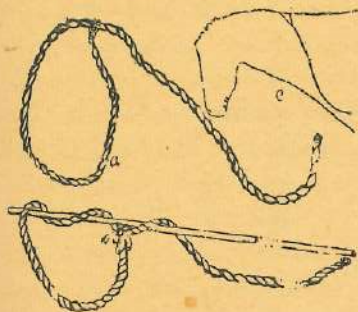


Fig. 20. — a), *Lakio* o *bizto* (lazo) para capturar caballos a mucha distancia; b), id. para pequeñas distancias y en lugares cercados; c), caballo grabado de Urriaga.



Fig. 21. — *MALOTA* para lanzar piedras a mucha distancia.

También debieron de ser útiles para cazar caballos la honda y la *malota*. Esta consiste en una caña o palo provisto de una hendidura en un extremo, donde se coloca una piedra que hace de proyectil (fig. 21).

Otra especie que abunda durante todo el Paleolítico superior en el Pirineo vasco es el ciervo. Es la más

frecuente entre las del Auriñaciense de Santimamiñe. Su presencia revela, en general, un paisaje selvático. El cazador auriñaciense pudo capturarla en trampas de fosa, en redes y lazadas corredizas, como también atacándola con lanza, con venablo, con arpón y con flechas lanzadas mediante propulsor o con arco.

El reno, no muy abundante durante el Auriñaciense, llega a ser la especie preferentemente cazada durante el Magdaleniense, al menos en Isturitz. Su captura se lograba mediante grandes batidas que le obligaban a caer en trampas de fosa, en precipicios o en campos cercados, donde podía ser conservado vivo hasta el momen-

to en que al cazador le conviniera utilizarlo. Otro procedimiento era el obligarle a atravesar un lago donde le era más difícil defenderse de los cazadores que le acometían con flechas y arpones.

El cuerno del reno servía para fabricar armas y utensilios, símbolos y amuletos. Su piel era utilizada para hacer cubiertas de tiendas, vestidos, bolsas, lazados corredizos, correas, etc.

El procedimiento de obtener de ella tiras y correas era seguramente el que se emplea todavía en el país vasco para hacer coyundas con cuero de vaca, cortándola en espiral (fig. 22). Antes o después se procede al depila-

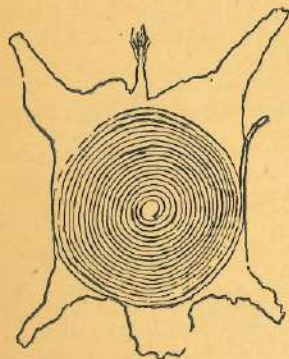


Fig. 22. — Cortando en espiral la piel de buey, el *eregille* vasco, obtiene tiras para hacer coyundas y correas.

torio, espolvoreándole previamente la ceniza y raspándolo a contrapelo con raspador de madera. Las tiras son curtiduras y reblandecidas enterrándolas bajo la tierra o basura y después alisadas y redondeadas en *gabil*.

Rara vez era cazado el corzo (*Capreolus*), el cual no abundaba sin duda en el Pirineo vasco. Lo mismo cabe decir de la gamuza (*Rupicapra pyrenaica*).

La cabra montés (*Capra pyrenaica*) aparece con más frecuencia: era cazada con lanzas y con flechas, según se ve en varias figuras rupestres franco-cantábricas.

Los bóvidos (el bisonte y el toro salvaje principalmente) abundan tanto como el ciervo y más que el caballo entre las especies cazadas del Paleolítico superior del país vasco. Eran cazados probablemente mediante batidas que los obligaran a caer en trampas de fosa y en precipicios. También serían cazados en trampas de peso que los pastores llaman *satol* (fig. 23) o abatidos mediante lanzas.

El jabalí no es raro durante el Auriñaciense vasco. Entre las especies cazadas de Santimamiñe ocupa el quinto lugar. Era cazado en fosas, probablemente del mismo modo que lo ha sido en tiempos recientes, y con armas arrojadizas, como flechas, arpones y venablos.

El mamut y el rinoceronte lanudo aparecen en todos los niveles del Paleolítico superior de Isturitz; pero la rareza de sus restos revela que no abundaban en el país

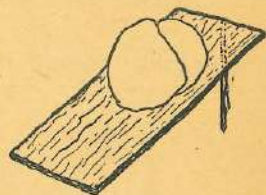


Fig. 23. — *Satol*: trampa para cazar pequeños roedores, utilizado por los pastores vascos.

vasco. Lo mismo hemos de decir del oso de las cavernas que hace su aparición en los estratos auriniacienses y solutrenses. La trampa de fosa podía utilizarse en la caza de los primeros, lo mismo que en la del oso pardo que vino a sustituir al de las cavernas; pero este último, según la opinión de algunos prehistoriadores, era atacado con lanzas y con mazas de piedra o capturado con

redes y con los lazos corredizos en estrechas galerías de ciertas cuevas, donde dejó numerosas huellas de sus zarpazos (fig. 24).

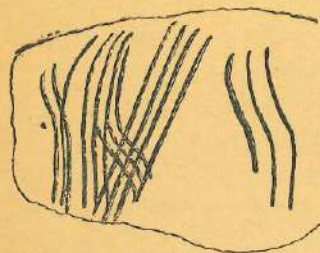


Fig. 24. — Marcas de zarpazos de oso en la cueva de Harixtoi.

La hiena de las cavernas dejó algunos restos en Isturitz, como también el lobo y el zorro; pero no son especies en

cuya captura mostrase mucho interés el cazador paleolítico.

La nutria es rara. En Ermitia aparecieron algunos restos en los niveles solutrense y magdalenense.

Hay también algunos restos de felinos, particularmente del lince y del gato montés, que no es probable fuesen cazados.

De aves aparecen restos de varias especies en los yacimientos auriniacienses, como la corneja, el buitre, la fuligula, el pato, la alondra, el cuervo, la lechuza y el aguilucho. Su presencia, en número no muy crecido —salvo la corneja—, no postula como causa la actividad venatoria del hombre: basta conocer las costumbres

de estas aves. Pero se puede reputar como probable que algunas de estas especies y otras —perdiz de las nieves, palomas y faisanes— que existen en niveles de épocas más recientes (magdalenenses y solutrenses), fueron cazadas mediante el arco, la "malota", la honda y la red. Este último procedimiento, combinado con una especie de batida y lanzamiento de bumerang o paletas (*makilla*), persiste aún en varias localidades del Pirineo vasco (en las palomeras): es uno de los testimonios de solidaridad del pasado y del presente (fig. 25).

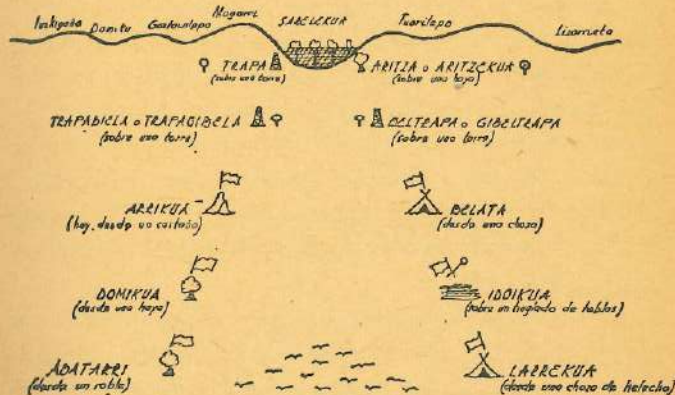


Fig. 25. — USOTEGIETA (palomeras) de Echalar: Croquis de su campo y de su dispositivo. SARELEKUA, sitio de las redes, en el collado entre las cumbres Mogarri y Txorilepo. TRAPA, ARITZA, TRAPABIOLA, ARRIKUA, etc. son los nombres de los cazadores que ocupan los sitios señalados por dichos términos: así, ARRIKUA significa el que está en la peña, porque el cazador situado en tal lugar vigila y maniobra desde el alto de una peña. La figura de circunferencia provista de un apéndice, significa que el cazador que ocupa el lugar señalado por ella, actúa lanzando *makillas* (palos o discos de madera) a las palomas; las circunferencias concéntricas representan las *makillas* mayores; la bandera significa que el cazador situado en el lugar señalado por ella actúa sacudiendo un *xatar* o bandera para obligar a las palomas a tomar la orientación deseada.

Arte, religión y magia. — El hombre auriniense hizo de la caza su principal modo de vida y objeto constante de su pensamiento, llegando a fijar las representaciones o figuras de diferentes especies de animales en los muros de las cuevas y en diversos objetos de su uso, mediante la escultura, la pintura y el grabado. Esto ocurrió cuando menos en el SW. de Francia y en gran parte de España. En el área de esta cultura se hallaba comprendido el Pirineo vasco, como nos lo muestran los hallazgos realizados en su ámbito. Así en el nivel auriniense de Isturitz apareció una plaquita que tenía grabado el cuarto trasero de un bisonte; en los muros de la cueva de Venta de Laperra (Carranza) se ven grabados un oso y dos cuartos traseros de bisonte; en Santimamiñe hay también varias figuras de caballo y de bisonte grabadas y pintadas en negro que, por su estilo, pueden datar del Auriniense, y esto mismo cabría decir de las figuras parietales de Alkerdi y de Etxeberri'ko-Karbia (fig. 26).

Con tales representaciones el hombre auriniense nos da a conocer, no sólo la fauna de su tiempo, sino también el objeto y, en ciertos casos, la técnica de sus actividades cinegéticas. Y mediante ellas expresa, además, algunos rasgos de su mundo conceptual y las preocupaciones fundamentales de la vida humana.

En efecto, desde los primeros descubrimientos del arte rupestre cuaternario del N. de España y del SW. de Francia se empezó a considerar estas figuraciones como obras inspiradas en la concepción mágica y religiosa del cazador paleolítico. Las representaciones antropomorfas o de enmascarados, las de trampas y flechas

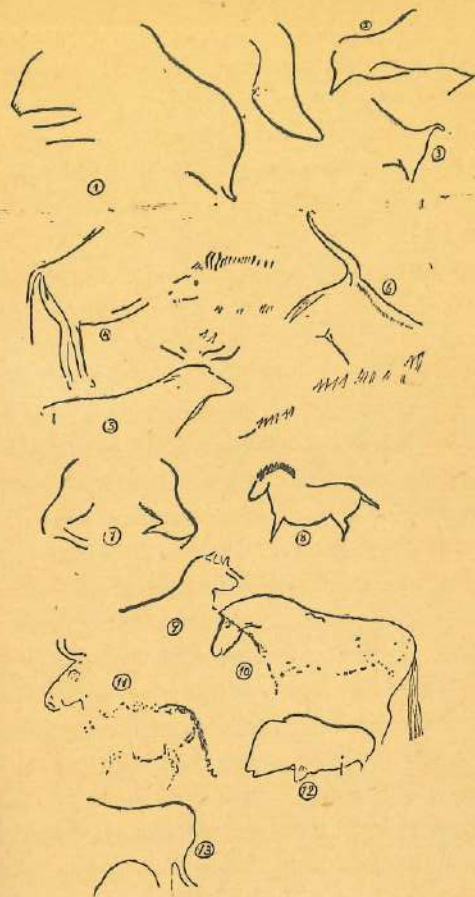


Fig. 26. — Dibujos que, por su estilo, han sido considerados como aurinienses, si bien muchos de ellos podrían ser clasificados también como magdalenenses. 1 y 2, grabados de oso y de grupa de bisonte (que distan 2 m. entre sí), son del muro de la derecha de la cueva de Venta de Laperra; 3, grupa de bisonte, se halla en el muro de la izquierda de la misma cueva, frente al oso; 4, 5 y 6, son grabados de grupa de bóvido, de ciervo y cabeza de bóvido de la cueva de Alkerdi; 7, 8, 9, 10, 11 y 12, son grabados y pinturas de Santimamiñe; 13, es grabado de una placa de piedra de Isturitz, el cual puede representar una grupa de bóvido, pero también una cabeza de elefante.

sobre cuerpos de animales y el mismo emplazamiento de tales figuras en sitios de difícil acceso, en rincones apartados y recónditos, en estrechas y tortuosas galerías y en grietas profundas de los antros —lo que excluye la idea de que fuesen hechas con fines estéticos o decorativos— hacen probable esta interpretación.

Algunas de estas producciones del arte paleolítico —las figuras de animales heridos con flechas o cogidos en trampas y lazos— y las circunstancias que les acompañan, recuerdan ciertamente procedimientos mágicos. Diríase que con ellas buscaba el hombre la multiplicación de las especies representadas y trataba de asegurar su captura (fig. 27).

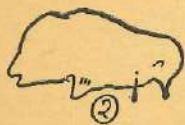
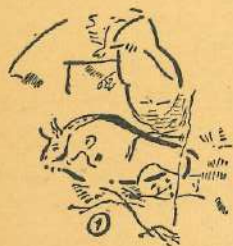


Fig. 27. — Captura simbólica de animales (?): 1), bisontes en una fosa (?) (de *Santimamiñe*); 2), animal herido con una flecha en el hígado (de *Santimamiñe*).

dos; efectuar gestos mímicos para provocar el fenómeno o la acción que se imita; poseer ciertos objetos para ejercer influencia sobre otros de su género. En la base de esta conducta se descubre la creencia de que la imagen y el símbolo se hallan en conexión ineluctable con los

objetos representados y que las cosas de un mismo género o nivel mantienen entre sí relaciones místicas, como si una energía (*indar*), virtual e immanente, las englobara y las trabara, energía preternatural que puede actualizarse mediante imágenes, símbolos y actitudes mímicas. Cualquiera puede actuar de mago; pero hay magos profesionales (*azti*) que tienen más pericia que los demás en la elección de fórmulas, gestos e imágenes. La imagen, el símbolo, la mímica, etc., confieren al mago poder sobre el mundo real por ellos representado ⁽¹⁾.

Esta concepción —la mágica— es, pues, una de las bases espirituales de la civilización paleolítica.

Otras producciones del arte paleolítico responden, al parecer, a una concepción religiosa. Tales son las figuras de animales sin cabeza y la mayor parte de las que no ostentan atributos de caza. Ellas concuerdan, en cuanto a las formas y en cuanto a su ubicación, con las figuras de caballos, de toros, de cabras, de carneros, de buitres y de serpientes que, según la mitología pirenaica, adoptan los genios o divinidades que moran en el interior de las cavernas. Es figura relevante de la misma mitología un genio o divinidad antropomórfica de carácter femenino, también troglodita, que adopta, a veces, apariencias de animal: su nombre actual es *Mari* (figura 28). De ella traté ampliamente en un trabajo que publiqué hace 30 años bajo el título "Mari, o el genio de

(1) En un folleto que, bajo el título de "Fragmentos folklóricos. Paleografía vasca", publiqué el año 1921 (San Sebastián, imprenta de Martín, Mena y Cía.), di a conocer muchos casos de magia que pueden servir para ilustrar algunas ideas sobre magia expresadas en estas páginas.

las montañas" (en el libro *Homenaje a D. Carmelo de Echegaray*. San Sebastián, 1923).

Esto demuestra, como ya lo dije en otra ocasión, que las mismas representaciones artístico-religiosas del pue-



Fig. 28. — *Mari*, personaje mítico, representado en una cueva de Zelharburu (Bidarray), objeto de culto popular, el cual, según las leyendas, toma figuras de diversos animales (caballo, toro, macho cabrío, etcétera). Actualmente es conocido en Bidarray por el nombre de "Arpeko Saindua" (la Santa de la cueva), localizado en la citada cueva, donde una columna estalagmítica, de forma de dorso humano, es considerada como la imagen o como su cuerpo milagrosamente petrificado.

blo franco-cantábrico son las que moviliza y escenifica la mitología vasca. El mismo mundo de imágenes e iconos, ocupando los mismos templos o moradas, se repite en ambos casos. Los mitos pirenaicos, que han llegado hasta nuestros días en la tradición del pueblo vasco, proyectan sombras y figuras gemelas de las del cazador paleolítico o, lo que es más probable, heredadas de ellas ⁽²⁾.

Formas del derecho. — Ya dijimos arriba que los hombres del Paleolítico inferior formaban grupos suprafamiliares, según lo requería la caza de los grandes paquidermos. Con más razón podemos afirmar esto mismo al

(2) J. M. de Barandiarán, "El hombre primitivo en el país vasco", pág. 52. (San Sebastián, 1934.)

tratar del Paleolítico superior, en que a las relaciones sociales derivadas de la necesidad de organizar batidas se añaden otras de orden espiritual reveladas por la comunidad de númenes, de signos mágicos y de estilos artísticos.

La religión y magia ligan a los hombres entre sí y con las cosas, creando relaciones jurídicas (derechos, interdicciones y sanciones) con repercusiones en el derecho individual (o interindividual) y social y en la justicia conmutativa y distributiva. Confieren al individuo poder sobre los objetos que con su esfuerzo y, sobre todo, con la ayuda de las artes mágicas y de la religión lograre. También sobre las

armas y utensilios de su uso, los cuales quedan sustraídos al dominio de los demás individuos. Las "marcas de caza" que aparecen en muchos instrumentos de hueso y de cuerno auriniacienses son interpretadas como signos de propiedad y como testimonio de prácticas de distribución del botín: mediante ellas era posible averiguar en qué grado había con-

tribuído cada cazador a la captura o muerte del animal en los casos en que varios individuos hubiesen tomado parte en la empresa. Tales marcas son ciertas líneas grabadas en azagayas y puntas de flecha (fig. 29).

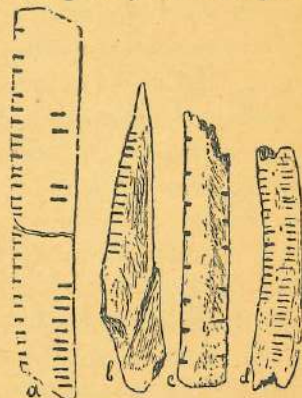


Fig. 29. — "Marcas de caza" en objetos de hueso y de cuernos: a), de Bolinkoba; b, c, d), de Isturitz.

Cuando el cazador no podía llevar a su morada el animal capturado, podía dejarlo fuera, marcándolo con un signo que garantizara su derecho. Es esto lo que se hace todavía en el país vasco, como en muchos otros, para dar a conocer que los animales u objetos que no se hallan en sitios acotados tienen dueño: se marcan en la oreja, en el anca, en el cuerno o en el lomo los animales que se echan al monte; se coloca una piedra sobre el tronco de árbol cuyo dueño anterior es desconocido; se graba una cruz en el árbol donde hay un enjambre de abejas que más tarde será recogido; se da un golpe de azada en el arenal que se desea utilizar; se corta un brazado en el helechal que se quiere segar y aprovechar.

Cuando varios individuos asociados efectuaban la caza, la distribución pudo hacerse por partes iguales, como la practican aún en nuestros días los cazadores de palomas.

Los territorios de caza y de recolección debieron de estar delimitados, de suerte que cada grupo de cazadores actuase tan sólo dentro de su zona. Esto explica, en parte, las diferencias de tipos de instrumentos observadas en regiones poco distantes, como luego veremos.

En cuanto al suelo y a sus plantas y animales, no existía aún la propiedad privada: el sujeto jurídico o propietario sería probablemente el grupo, como lo han sido ciertas sociedades de cazadores y de pastores del Pirineo occidental hasta los tiempos actuales.

B

SOLUTRENSE. — A los niveles auriniacienses se superponen en los yacimientos de Bolinkoba, de Isturitz y de Santamamiñe estratos cuyo contenido, en cuanto a la in-

dustria lítica, no desentona con el Auriniaciense, salvo en ciertas piezas que muestran talla facial, de las que se originan las puntas hojas de laurel y de sauce, características del Solutrense. También existe un nivel solutrense en Ermitia.

Esta modalidad cultural, que presenta diferentes matices en el Norte y Este de España y en el SW. de Francia, es desde luego un fenómeno circumpirenaico cuyo origen pusieron algunos en Hungría y Polonia y otros en África.

El clima de este período acusa un gradual recrudescimiento, a juzgar por el predominio que va tomando el reno entre las especies animales.

Cabe distinguir dos niveles en el Solutrense del país vasco: el inferior o antiguo y el superior o reciente.

1

Nivel inferior. — Fauna. En Isturitz son los bóvidos los que más abundan en la base del tramo solutrense. El caballo y el reno existen, lo mismo que el mamut y el rinoceronte lanudo. Entre las aves se reconocen el harfang y la perdiz blanca. En Santamamiñe abundan en iguales proporciones el toro y el caballo; síguenles la cabra montés y el ciervo.

Industria lítica. — Los instrumentos de piedra son, en general, semejantes a los del Auriniaciense con buriles de Noailles en Bolinkoba, raspadores en extremo de lámina, aquillados y en morro, láminas punteadas con una cara lisa y talla facial en la otra, raederas y laminas de

retoque dorsal y puntas de dorso rebajado. Hay también puntas hojas de laurel (fig. 30).

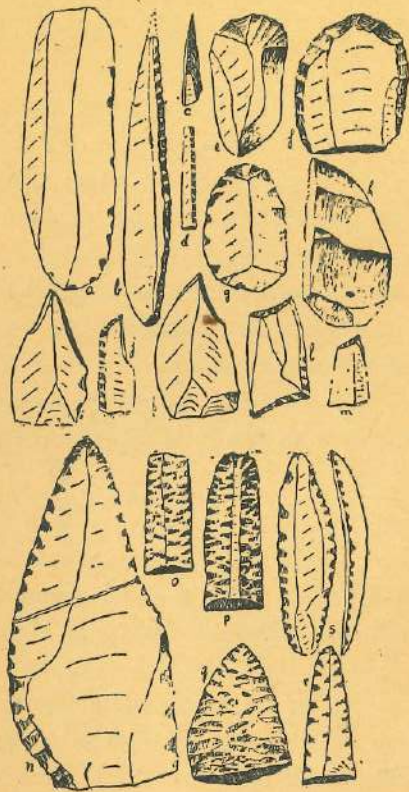


Fig. 30. — Industria lítica del Solutrense inferior de Bolinkoba; a), lámina; b, c), puntas de dorso rebajado; d), lámina de dorso rebajado; e, f, g, h), raspadores; i, j, k, l, m), buriles; n), punta con retoques marginales; o, p, q, r), puntas con retoques faciales; s), raedera.

Industria ósea. — Un silbato (tubo de hueso con marcas incisas en uno de sus lados), azagayas cilíndricas de base en bisel sencillo, azagayas bicónicas y con surco longitudinal (¿para el veneno?), puntas curvas que presentan una cara plana estriada (¿dientes móviles de arpón?), varillas semicilíndricas, punzones, espátulas, etc. (fig. 31).

Adornos y amuletos. — Abundan los óxidos rojos, indicio de la práctica de la pintura corporal, y varias moletas. Hay también litorinas agujereadas, cipreas y cristales de cuarzo, que debieron ser utilizados como amuletos. Una plaquita de piedra con grabados que representan dos cabezas de caballo, fué hallada en Isturitz. Tales objetos y manifestaciones revelan que las mismas concepciones del período anterior continuaban inspirando al hombre solutrense (fig. 32).



Fig. 31. — Industria ósea del Solutrense inferior: a, b, c, d, e), de Isturitz; f), de Bolinkoba.

2

Nivel superior. Fauna. — Entre los restos de comida aparecen toros, caballos, ciervos y, sobre todo, renos, los cuales van en aumento en Isturitz. El mamut y el rinoceronte continúan también. En Bolinkoba es el caballo el que más abunda. De aves hay que señalar la presencia de palomas y de perdices en Santimamiñe.

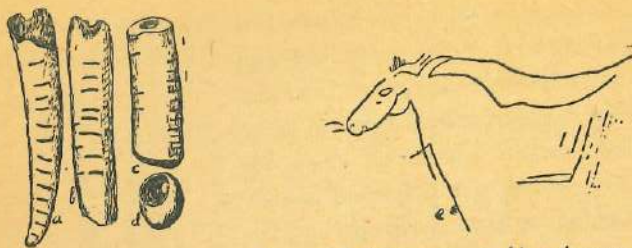


Fig. 32. — Adornos y amuletos del Solutrense: a, b), colgantes de Isturitz; c), tubo de hueso (silbato ?) con marcas, de Bolinkoba; d), litorina perforada (Bolinkoba); e), figura de caballo en una placa de piedra de Isturitz (Passemard).

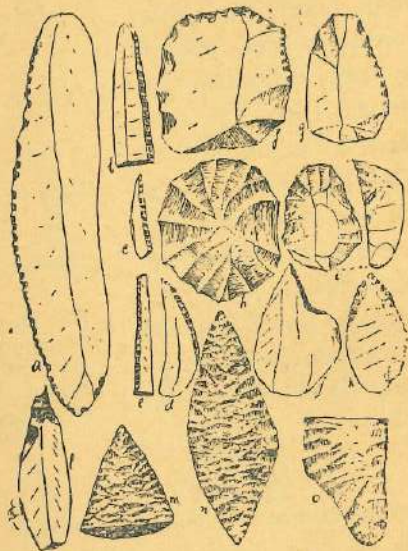


Fig. 33 A. — Industria lítica del Solutrense superior de Bolinkoba: a), lámina con retoques marginales; b, c, d, e), puntas y láminas de dorso rebajado; f, g, h, i), raspadores; j), buril; k, l), puntas retocadas; m, n), puntas de flecha de retoque facial; o), base pedunculada de punta de flecha.

Industria lítica. — En este nivel existen puntas hoja de laurel y de sauce y punta con pedúnculo (Isturitz, Bolinkoba y Santimamiñe), punta con muesca (Ermit-

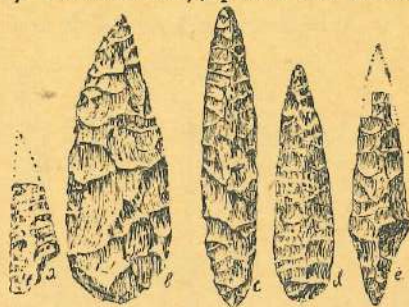


Fig. 33 B. — Industria lítica del Solutrense superior: a), de Ermitia; b, c, d, e), de Isturitz (según Passemard).

tia) que no avanza, al parecer, más hacia el Este, además de otros instrumentos menos característicos de esta etapa, como raspadores (aquillados, discoidales, de pezuña y en

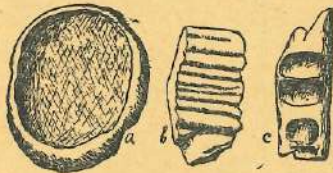


Fig. 33 C. — Industria del Solutrense superior: a), cazoleta de Bolinkoba (en geoda); b), afiladera de piedra pómez (Isturitz); c), paleta de hueso para ocre (Isturitz).

extremo de lámina), buriles, raederas y puntas con retoques dorsales. Hay también compresores, afiladeras de asperón y de piedra pómez, cazoleta hecha en una geoda (Bolinkoba), etc. (fig. 33 A, B y C).

Industria ósea.—Bastones perforados que el pueblo llamaria *gabil*, numerosas puntas de azagaya, varillas semicilíndricas, punzones, cinceles, leznas, puntas aplanadas, puntas de base en bisel sencillo y agujas. Entre

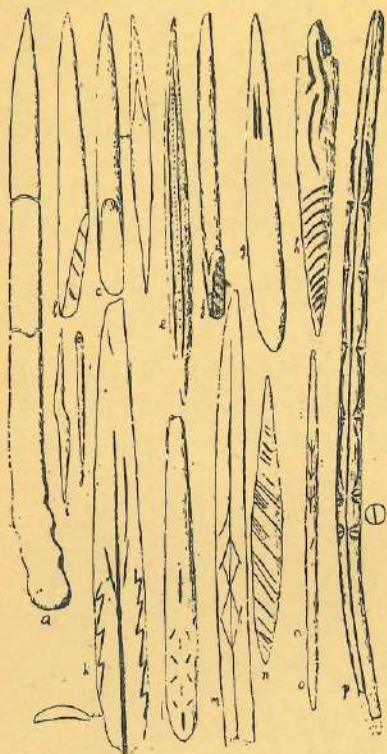


Fig. 34. — Industria ósea del Solutrense superior: *a*, *b*), lezna y azagaya de Bolinkoba; *c*, *e*, *f*), azagayas de Isturitz; *g*, *h*), punta con surcos para el veneno y punta con marcas (Isturitz); *i*), punta en S de Isturitz; *j*), aguja de Ermitia; *k*, *m*, *p*), varillas semicilíndricas; *h*), azagaya de Isturitz; *n*), punta aplanada (Ermitia); *o*), punta de Isturitz.

las azagayas de Isturitz hay una que tiene grabada una figura que parece de arpón, lo que, de ser cierto, revelaría que esta arma era ya usada: tal vez sería de madera, ya que las de hueso aparecen más tarde. Huesos con "marcas de caza" no son raros en los niveles solutrenses (fig. 34).

Amuletos y adornos.—Hay óxidos rojos (algunos en forma de lápices bicónicos) y moletas para su desmenu-

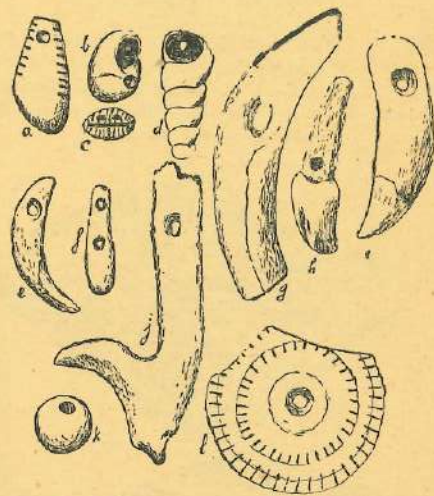


Fig. 35. — Pendientes o amuletos del Solutrense superior: *a*, *b*, *c*), de Bolinkoba; los restantes de Isturitz, según Passemard y Saint-Perier.

zamiento. Hay también muelas, dientes, colmillos de ciervo, cipreas, litorinas y turritellas y discos de hueso y de piedra provistos de orificio de suspensión. Tampoco faltan cristales de cuarzo, que, como los colgantes antes

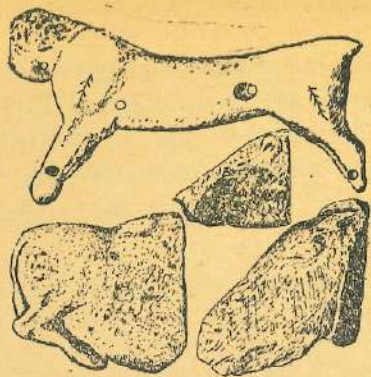


Fig. 36. — Esculturas en relieve de bulto del Solutrense superior de Isturitz: felino hechizado (?) con cinco orificios y dos figuraciones de flechas; cabeza de oso, grupa de bisonte y cabeza de caballo (según Passemard).



Fig. 37. — Escultura en bajorrelieve, de Isturitz: a), reno herido; b), reno muerto (según Passemard).

citados, debieron de ser utilizados como amuletos (figura 35).

Arte. — En contacto con las puntas de sílex características del Solutrense aparecen en Isturitz las más bellas obras de arte de aquel yacimiento. Según Passemard, el orden cronológico de la producción de tales obras,

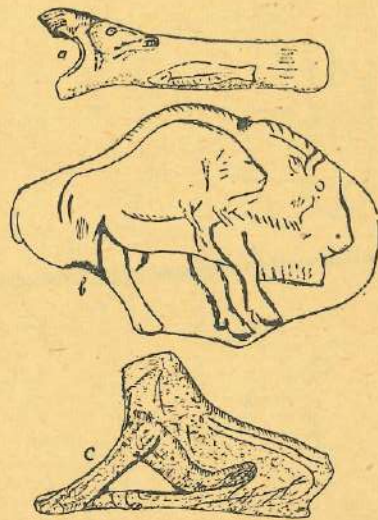


Fig. 38 A. — Esculturas y grabados de contornos recortados de Isturitz, según Passemard: a), bastón perforado con figura de cabeza de caballo y pez; b), bisontes; c), caballo.

empezando de la más antigua, es la siguiente: esculturas en relieve de bulto (felino hechizado, cabeza de caballo, cabeza de oso, grupa de bisonte), en bajorrelieve (reno agonizando y reno muerto, bisonte y reno herido con fle-

chas), esculturas y grabados de contornos recortados, y grabados simples (figs. 36, 37 y 38 (A, B y C) y 57).

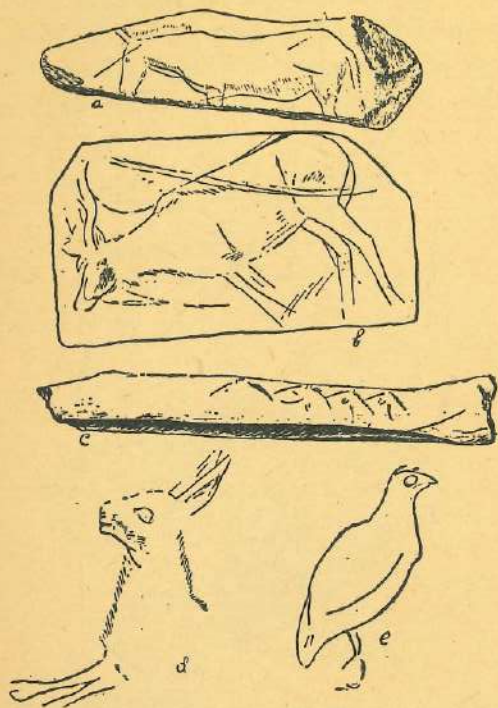


Fig. 38 B.—Grabados de Isturitz (según St Perier y Passermard): a), grabado de caballo en placa de piedra; b), ciervo; c), espátula con cuatro cabezas de caballo en perspectiva; d), liebre; e), ave (¿perdiz?).

También son contemporáneas de la industria solutrense las esculturas parietales de la caverna de Isturitz, donde aparecen representados un reno, un cérvido, un caba-

llo, un mamut y un oso (fig. 39). Como una parte de las figuras estaban cubiertas por el estrato solutrense,

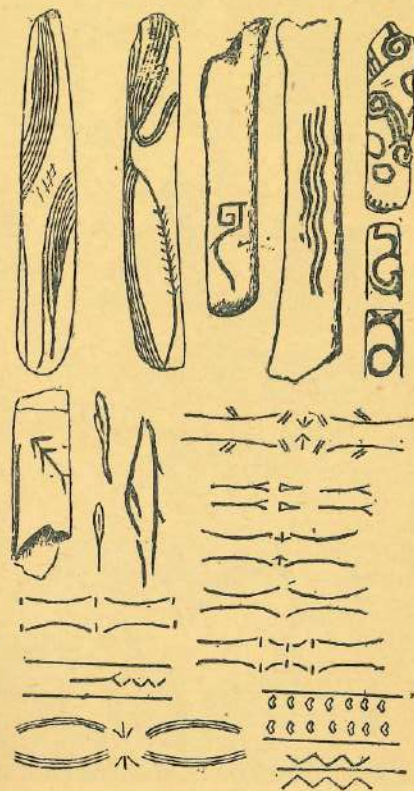


Fig. 38 C.—Diversos signos grabados en varillas de cuerno y de hueso (Isturitz).

varias de ellas fueron ciertamente esculpidas antes que se formara tal estrato.



Fig. 39. — Esculturas parietales de Isturitz.

Modo de vida del hombre solutrense. — El material que los yacimientos solutrenses nos proporcionan demuestra que la caza continuaba siendo la principal ocupación del hombre. Este moraba en las cavernas, cuya temperatura debió de ser mucho más benigna que la de afuera, donde el ambiente era generalmente de frío intenso. Un hoyo circular abierto en el suelo, no tan lejos de la entrada que la luz del día no le alcanzara, era el emplazamiento del hogar. Alrededor se colocaban varias piedras que sirvieran de asiento. Hogares de esta forma, ocupando el centro de la cocina, existían todavía a principios de este siglo en algunos caseríos de Aulestia (Vizcaya), según lo recordaban nuestros obreros de la cueva de Lumentxa (Lequeitio) a la vista de un hogar magdaleniense que descubrimos en aquel yacimiento.

Delante del muro esculpido de Isturitz instalaron su hogar los cazadores solutrenses que habitaron aquella caverna. Allí tenían su morada, su taller y su templo.

A los genios representados por aquellas esculturas tributaron tal vez un culto cuyo sentido podemos quizás tan sólo barruntar por las reminiscencias del que los vascos históricos tributaron a los númenes zoomórficos de las cavernas: veneración y práctica de sacrificios (ofrendas de comestibles y de luces) mezclada con ritos mágicos.

C

MAGDALENIENSE. — Después del Solutrense, que en algunas regiones, aun de nuestro Occidente, transcurre sin provocar transformaciones sustanciales en el proceso iniciado con el Auriniaciense, se prolonga el período frío, alcanzando luego su máxima intensidad: pruébalo

el aumento de los animales nórdicos, principalmente del reno.

Es el período Magdaleniense, caracterizado ante todo por una cultura que se extiende a toda la Europa occidental y central, siendo la zona circumpirenaica su foco más importante.

Enclavadas en esta zona, las estaciones magdalenienses del país vasco representan casi todas las modalidades

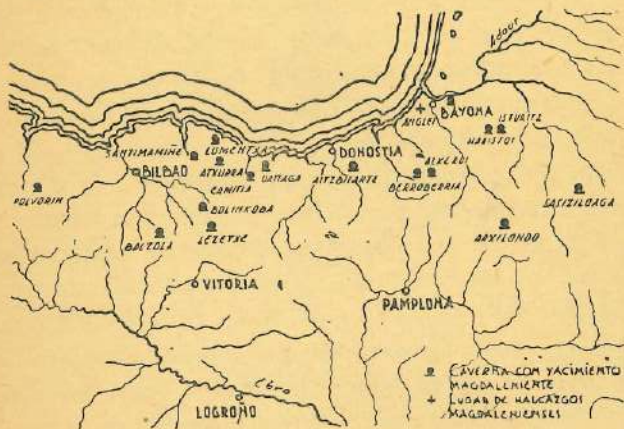


Fig. 40. — Estaciones magdalenienses del Pirineo Vasco.

culturales de la época. Tales son los yacimientos de Santimamiñe, de Bolinkoba, de Lumentxa, de Armiña, de Atxurra y de Balzola, en Vizcaya; los de Ermittia, de Urriaga y de Aitzbitarte, en Guipúzcoa; los de Alkerdi y Berroberria, en Navarra; los de Anglet, de Saint Pierre d'Irube, de Haristoi, y de Isturitz, en Labourd; el de Artxilondo (?) en Benabarre, etc. (fig. 40).

El clima frío del Paleolítico superior alcanza su má-

xima intensidad durante este período, a juzgar por el aumento de los animales nórdicos, principalmente del reno, en las estaciones vascas.

Fauna. — Los residuos de comida y demás restos que en sus albergues y talleres dejaran los trogloditas magdalenienses, los huesos de animales que, por diversos motivos, llegaron a tales lugares y las numerosas figuras en que plasmara su pensamiento el hombre de aquella remota época, nos dan a conocer una parte, cuando menos, de la fauna que a la sazón poblaba el Pirineo vasco.

Durante la primera mitad del período magdaleniense el mamut y el rinoceronte lanudo aparecen todavía. El caballo, el ciervo, el toro salvaje y el reno abundan, siendo esta última especie la que predomina en ciertos tramos de Isturitz. Siguenles el corzo, la gamuza, la cabra montés y el jabalí. Existen también el oso de las cavernas (raro), el oso pardo, el lobo, el zorro, el zorro azul, el león, la hiena de las cavernas, la liebre y la nutria (fig. 41). Entre las aves figuran *Columbia livia* (vasc. *paguso*), la paloma zurita (*paguso txiki*), la perdiz (*eper*), la perdiz blanca, la perdiz de los Alpes, los gallos de los brezales (el grande y el pequeño), el faisán, el cuervo, la corneja (*belzurda*), el mirlo (*zozo*), el estornino, el alcotán, el cernícalo, el buhardo, el águila real (*arrano*), la lechuza (*ontza*), *Nyctea scandiaca* o harphang, el pato (*aate*) y *Gavia septentrionalis* o el somogujo de las regiones subárticas. De moluscos hay litorinas (*L. littorea* y *L. obtusata*), *Purpura lapillus*, *Pecten maximus*, *Chlamys islandica*, *Helix nemoralis* o caracol (raro), *Monodonta* (*Trochus*) (vasc. *Maulixu*), *Mytilus edulis* (vasc. *muxillu*), *Ostrea edulis*, *Turritella*, *Car-*

dium (vasc. *margola*), *Patela vulgata* (vasc. *lapa*), etc. De peces, sólo en el arte mobiliario hallamos trazas de salmónidos (fig. 41).

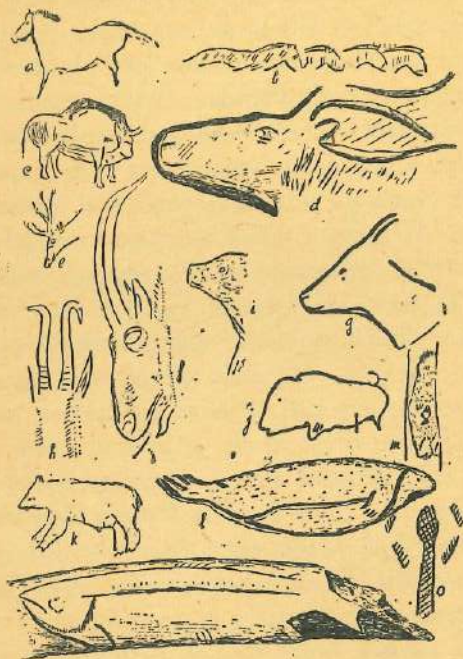


Fig. 41. — Una parte de la fauna magdaleniense vista por el hombre del Paleolítico final del país vasco: a), caballo de Santimamiñe; b), caballos en perspectiva de Isturitz; c), bisonte (Santimamiñe); d), cabeza de reno (Isturitz); e), ciervo (Santimamiñe); f), cabra (Urtiaga); h), gamuza (Isturitz); i), glotón (Isturitz); j), jabalí (Santimamiñe); k), oso (Santimamiñe); l), foca (Isturitz); m), roedor (Isturitz); n), salmón (Isturitz); o), serpiente (Isturitz).

Durante la segunda mitad de este período no aparecen ya el mamut ni el rinoceronte lanudo, ni el oso de las

cavernas. El reno es menos frecuente que antes y el ciervo más abundante. La *Littorina littorea* es también menos frecuente, mientras que el magurio y el caracol (*Helix*) se multiplican. Estos cambios revelan mitigación del clima y mayor humedad del ambiente.

El hombre. — Las notas precedentes nos describen el cuadro en el que se desenvuelve la vida del hombre del Pirineo occidental durante el Paleolítico final. No conocemos con seguridad los caracteres de su tipo físico. Los huesos hallados en el Magdaleniense inferior de Isturitz (trozos de cráneos y una mandíbula de niño) no proporcionan datos que puedan ilustrarnos en esta cuestión. Un cráneo que descubrimos en el nivel magdaleniense de Urtiaga, pero que puede no ser contemporáneo de este tramo sino algo posterior, ofrece caracteres cromañoides asociados a otros que más tarde hallamos en los constructores de los dólmenes eneolíticos de nuestro país y en los vascos históricos. Podemos, pues, suponer, mientras no se demuestre lo contrario, que en la zona pirenaica occidental vivía una raza emparentada con la de Cro-Magnon y que, en su postrera etapa, acusaba ya ciertos rasgos (índice frontal, el vértico-transversal, el máximo-zigomático, el asterio-parietal y el ángulo basilar) que continúan en el tipo vasco hasta los tiempos actuales.

En cuanto a las manifestaciones de la vida cultural, el Magdaleniense hereda del Auriñaciense gran parte de sus elementos y los transforma y los mejora, en general. Si la industria lítica apenas acusa cambios apreciables, el trabajo en hueso y cuerno, así como las producciones artísticas, mágicas y religiosas, alcanzan un desarrollo

considerable, al menos en la primera etapa del período, como luego se verá.

Industria. — El inventario lítico de la industria magdaleniense del país vasco comprende, en general, formas laminares, como en estaciones similares de otras regiones.

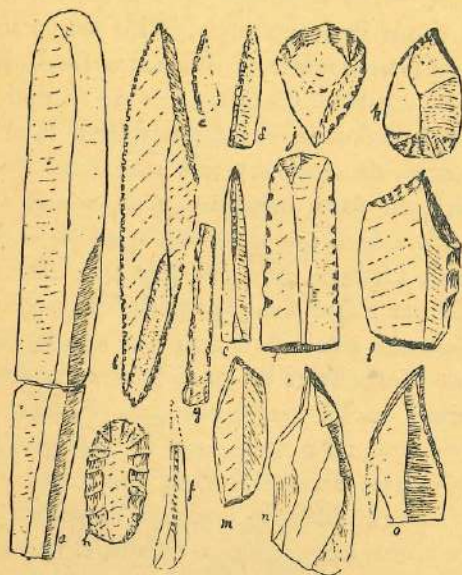


Fig. 42 A. — Industria lítica del Magdaleniense inferior de Bolinkoba: a, b), láminas; c, d), puntas de dorso rebajado; e, f), puntas de dorso achaflanado (perforadores?); g), lámina de dorso rebajado (Isturitz); h, i), láminas con retoques marginales; j), raspador; k), buril-raspador; l, n), buriles; m), buril doble; o), buril polifáceo.

Numerosas láminas de pedernal de pequeñas dimensiones han sido adaptadas a diversos usos mediante retoques marginales, o con cuidadoso apuntamiento de uno

o dos extremos, o por medio de muescas o escotaduras simétricas en los costados. Así han sido labrados diversos instrumentos: perforadores en extremo de lámina, raspadores de varias formas (en extremo de lámina, con muescas en los bordes), raederas, buriles abundantes (en pico de flauta, de facetas múltiples, laterales en ángulo de lámina cortada o truncada), etc. Hay, además, raspadores nucleiformes, retocadores y percutores fabricados en pedernal (fig. 42 A).

Existen igualmente moletas o piezas de roca dura que

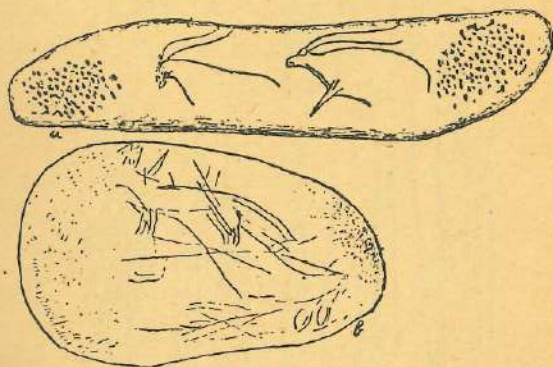


Fig. 42 B. — Compresores de piedra: a), de Bolinkoba; b), de Santimamiñe.

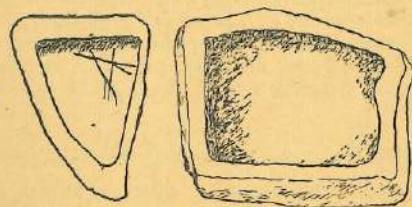


Fig. 43. — Cazoletas o lámparas de piedra (Santimamiñe).

presentan una parte (generalmente un extremo) pulida por frotamiento; muelas o bloques cuadrangulares de

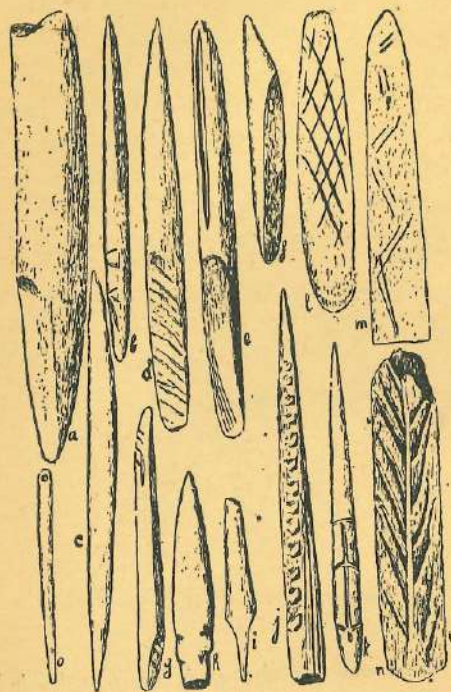


Fig. 44. — Industria ósea magdaleniense: a), cincel (Isturitz); b), azagaya (Isturitz); c), azagaya (Urtiaga); d, e), idem (Isturitz); f), punta de Bolinkoba; g, h, i), de Urtiaga; j), azagaya con protuberancias (Isturitz, según Saint-Périer); k), de Urtiaga; l, m, n), varillas de Isturitz (Saint-Périer); o), aguja de Urtiaga.

caliza provistos de una concavidad apropiada para pulverizar, machacar o desmenuzar diversas materias y compresores (fig. 42 B); lámparas o piezas de asperón con

una cara excavada donde se aprecian aún señales de materia negra (fig. 43).

La talla de estos instrumentos fué hecha, en general, en las mismas cavernas donde han sido hallados, como lo prueban las numerosas lascas y los percutores que les acompañan.

Son también numerosos los instrumentos de hueso y de cuerno. Tales son los retocadores o yunques que tienen superficies de ataque en forma de depresiones y de incisiones; los alisadores, los punzones, las espátulas, los moledores, los cinceles, las agujas, el alfiletero (?) en hueso de ave de Isturitz y ciertos huesos estriados cuyas marcas pudieron ser signos de numeración. Existen aza-



Fig. 45 A. — Arpones primitivos y propulsor de Isturitz (Saint-Périer).

gayas de diversas formas: rectas unas, curvas otras; provistas o no de surco; cilíndricas y aplanadas; puntiagu-

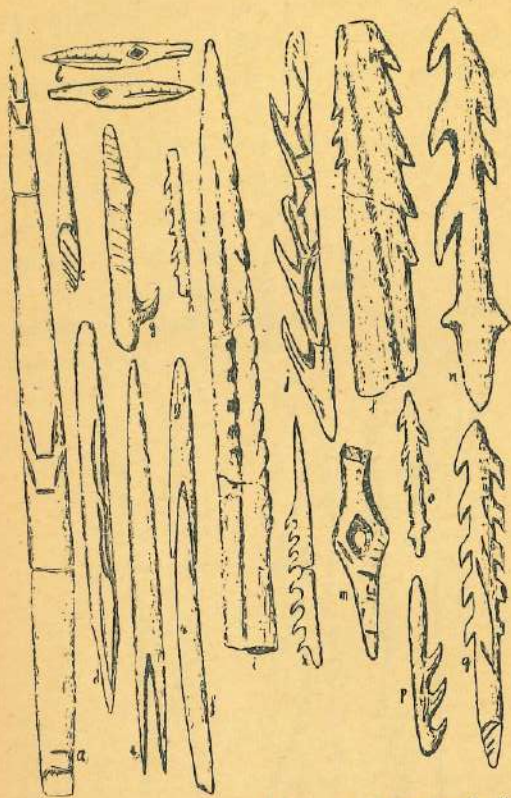


Fig. 45 B. — Industria ósea magdaleniense. Evolución de formas del Paleolítico final: a, b), azagaya y punta de Balinkoba; c), punta de Lumentxa; d), azagaya de Urtiaga; e), punta de base ahorquillada de Isturitz (St-Périer); f), dos puntas acopladas de Isturitz (Passemar); g), anzuelo de Lumentxa; h), arpón de Ermitia; i), punta de lanza en Ermitia; j, k), arpones de Urtiaga; l), arpón de Ermitia; m), contera de arpón de Urtiaga; n), arpón de Santimamie; o, p, q), arpones de Isturitz (Passemar).

das en un solo extremo y en ambos; de base adelgazada en tronco de cono y en bisel sencillo. Más recientes parecen ser las azagayas y varillas provistas de protu-

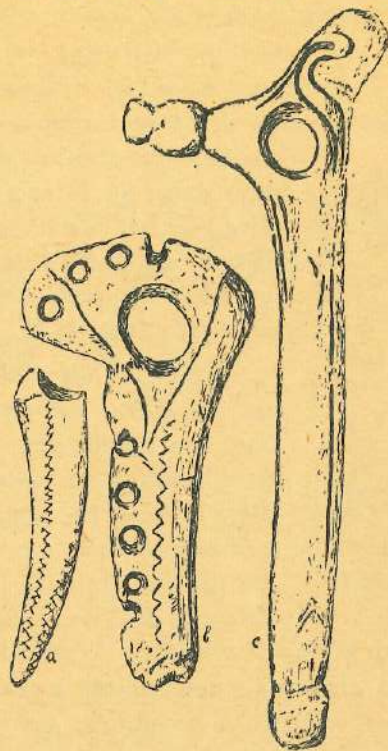


Fig. 46 A. — Bastones perforados del Magdaleniense: a), de Bolinkoba; b, c), de Isturitz (St-Périer).

berancias. Y más recientes aún las azagayas de doble bisel, las de base redonda y las de base ahorquillada (fig. 44).

Varillas semicilíndricas y puñales (?) de cuerno aparecen en los primeros tramos. Luego vienen los primeros ensayos de arpón de hueso a los que siguen arpones con dientes unilaterales y más tarde, al final del período, los de dientes a ambos costados o bilaterales (fig. 45 A y B).

No son raros en este período los bastones perforados provistos generalmente de un solo orificio. En Isturitz



Fig. 46 B. — Fragmento de cráneo humano aderezado para servir de recipiente. De Isturitz (St. Périer).

apareció uno que tenía diez orificios, caso único en el ajuar paleolítico (fig. 46 A). También apareció en Isturitz una parte de cráneo humano aderezado como para servir de recipiente (fig. 46 B).

Colgantes y otros objetos perforados. — Como cuentas y amuletos han sido considerados diversos objetos pequeños que presentan uno o más orificios, practicados intencionadamente. Tales son ciertos dientes de reno, de ciervo, de caballo, de zorro, de lobo, de los que algu-

nos se hallan adornados con estrías y entalladuras; huesos de animales (falanges y fragmentos) y candiles de cérvidos; ciertos mariscos, como litorinas, pecten, turritela; perlas de azabache, de arcilla, de ámbar, de limonita y de esteatita; rodetes de asperón, de caliza y de hematites pulidos (fig. 47). Como amuletos deben ser tenidos también los cristales de cuarzo que aparecen en todos los niveles del Magdaleniense.

Arte, religión y magia. — El considerable desarrollo

que el arte alcanzara al final del Solutrense, continuó durante la primera mitad del período siguiente, representado principalmente en pinturas parietales, en grabados, en bajorrelieves, en esculturas, en contornos recordados, etc.

Los utensilios y las armas de uso cotidiano son la

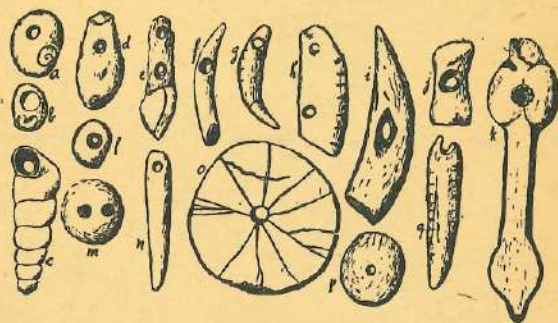


Fig. 47. — Amuletos y adornos del Magdaleniense del Pirineo Vasco: a, b), litorinas (Urtiaga); c), turritela de Urtiaga; d), colmillo de ciervo (Bolinkoba); e), incisivo de reno (Isturitz); f), de Urtiaga; g), canino de zorro (Isturitz); h, i), incisivos de caballo (Isturitz); j), Falange de dedo de reno (Isturitz); l), disquito de hueso (Bolinkoba); m), perla de limonita (Isturitz); n), candil (Isturitz); o, p), rodetes de piedra y de hueso (Isturitz); q), pendiente de esteatita (Isturitz); ídem de hueso (Isturitz).

materia donde el artista ejecuta muchas de sus obras. Para otras escoge los muros de ciertas cavernas donde representa principalmente animales de varias especies. Por eso se clasifica el arte paleolítico del país vasco, como el de otras partes, en *rupestre* y *mobiliario*, cuya descripción, siquiera sea somera y esquemática, será hecha en las líneas siguientes.

Arte rupestre. — Las figuraciones del Magdaleniense

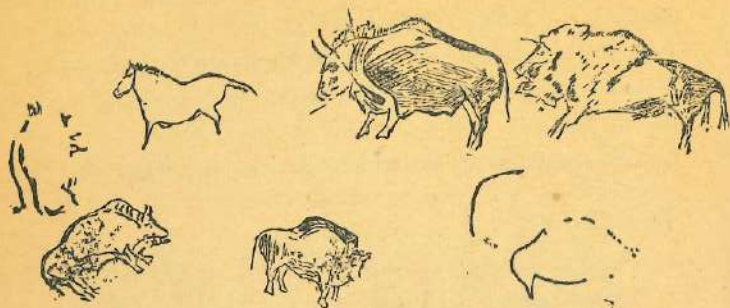


Fig. 48 A. — Un grupo de la cámara de figuras de Santimamiñe.

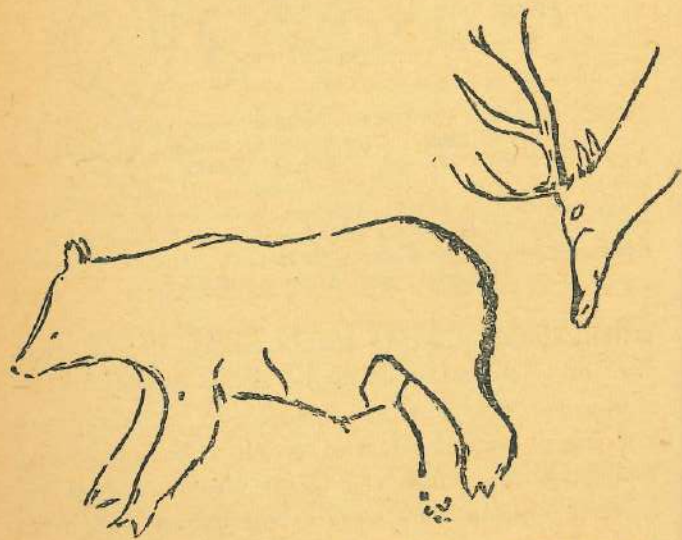


Fig. 48 B. — Otro grupo de la cámara de figuras de Santimamiñe.

vasco se hallan en Santimamiñe (pinturas en negro y grabados), en Alkerdi (grabados), en Xaxixiloaga (de Suhare) y en Etxeberri (pinturas en negro y en rojo),

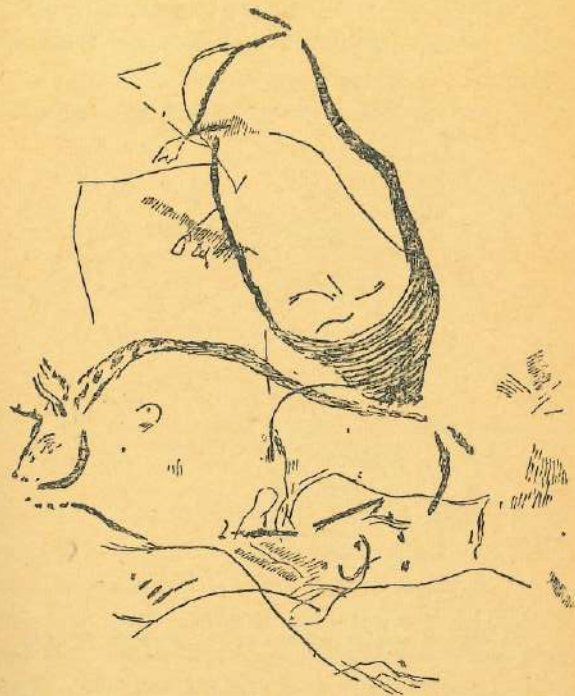


Fig. 48 C. — Otro grupo de la cámara de figuras de Santimamiñe (captura simbólica del bisonte?).

asociadas a diversas otras que han sido clasificadas como auriniacienses, según se dijo en otro lugar.

Las de Santimamiñe, situadas en una cámara elevada y de difícil acceso, lejos de la entrada de la cueva, representan caballos, bisontes, cabras, ciervo, jabalí y oso. Las

de Alkerdi, que también se hallan en cámaras alejadas de la boca de la caverna, son de bóvidos, de ciervos y de caballos. Las de Xaxixi (loaga dos bisontes), en lo más profundo de la cueva. Las de Etxeberri (caballos, ciervos y bisonte) ocupan una galería y el fondo de un



Fig. 49. — Grabados murales de la cueva de Alkerdi.

estrecho pasadizo adonde se llega con grandes dificultades (figuras 48 A, B y C, y 50). Dada su situación, estas figuras, condenadas a la interminable noche de las cavernas, no han sido trazadas con fines educativos o para ser contempladas por cualquiera. Más bien deben de ser imágenes de carácter religioso o mágico, inspiradas en el deseo de incorporar a empresas venatorias a los genios o númenes y fuerzas místicas de la Tierra

representadas, como en la mitología vasca, en figuras de animales de diversas especies.

Arte mobiliar. — En sus moradas dejó el hombre magdalenense, juntamente con otros restos, no pocos objetos en los que había ejercitado sus habilidades artísticas. Recordemos a este efecto los yacimientos de las cuevas de Santimamiñe, de Lumentxa, de Bolinkoba, de Ermitia,



Fig. 50. — Caballo pintado de la cueva de Etxeberri (según una fotografía de M. Boucher).

de Urtiaga, de Aitzbitarte y de Isturitz. Han sido habitaciones y talleres a la vez; refugios silenciosos de antiguos cazadores de caballos salvajes, de toros, de renos, de ciervos y de osos; archivos aparejados en las entrañas de la tierra, donde se han conservado innumerables testimonios y documentos en los que una humanidad hace tiempo desaparecida dejó consignados sus pensamientos, sus afanes y sus inquietudes.

Arte ornamental. — Atendiendo a sus figuraciones, el arte de estos documentos puede ser clasificado en ornamental y en naturalista. Se presenta en forma de grabados y esculturas en hueso, en cuerno y en piedra. Ignoramos muchas veces el pensamiento que guiara al

artista paleolítico; pero en ciertos casos diríase que sus producciones tuvieron un fin decorativo. Como tales pue-

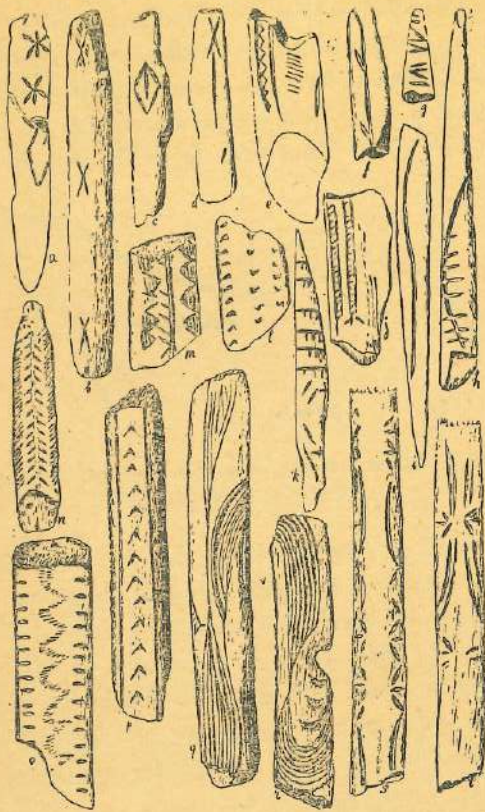


Fig. 51 A. — Motivos de arte decorativo del Magdaleniense inferior: *a, b, c, d*, varillas de Santimamiñe; *e*, de Bolinkoba; *f, g, h, i*, de Urtiaga; los restantes, de Isturitz (según Saint-Périer).

den ser consideradas las figuras en forma de líneas rectas (continuas o punteadas), incisiones triangulares, figu-

ras dentadas y escaliformes, festones, cruces, trazos angulares, husos, líneas onduladas en relieve y en surco,



Fig. 51 B. — Motivos de arte decorativo del Magdaleniense inferior de Isturitz. Varillas grabadas y esculpidas (según Saint-Périer).

espirales simples y en S, círculos, etc. (fig. 51 A, B). La espiral en relieve, que existe en contadas localidades

del Pirineo, es el elemento principal de la decoración de muchas varillas de hueso en Isturitz. Hay también varillas cuya decoración consiste en protuberancias. Unas y otras pertenecen al Magdaleniense antiguo. El círculo aparece a veces atravesado por barras paralelas, formando un enrejado o también en forma de rayos divergentes a partir de una cuerda curva trazada dentro de un círculo (fig. 52).

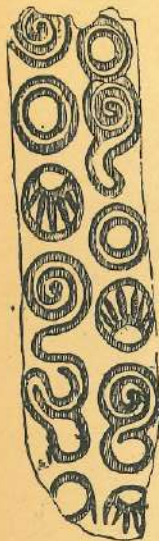


Fig. 52. — Motivos de arte decorativo de Isturitz (según Saint-Périer).

En el Magdaleniense reciente se nota una visible decadencia del arte. Casi todas sus figuraciones son grabados.

Arte naturalista. — Son las representaciones de animales las que prefiere el artista magdaleniense, siendo las de caballo las más frecuentes.

En los grabados en hueso y en cuerno aparece el caballo solo o asociado a rasgos cuya significación es problemática, y en varias actitudes: en marcha, en quietud, relinchando y echando bufidos. En placas y compresores de piedra ha sido también figurado.

El bisonte es representado en los grabados tanto como el caballo. En hueso, en cuerno y en piedra ha sido ejecutada su figura, unas veces acostada, otras andando. Varios trazos paralelos delante del morro representan el soplido del animal. En su cuerpo aparecen a veces figurados ciertos objetos dentados semejantes a flechas y

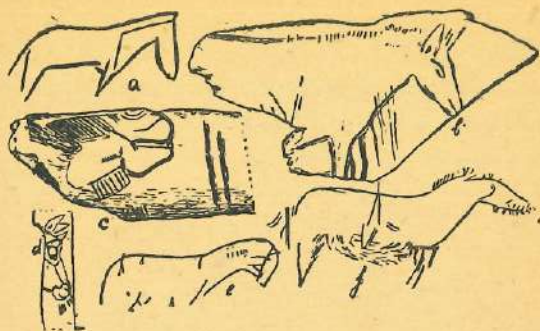


Fig. 53. — Figuras de caballo grabadas: a), placa de piedra de Lumentza; b), huesos de Isturitz (St-Périer); c), cabeza de caballo en actitud de relinchar (de Isturitz, según St-Périer); d) hueso de ave con figura de cabeza de caballo y representación de soplos en forma de grupos de trazos debajo del morro (Isturitz, según St-Périer); e), placa de piedra de Urtiaga; f), placa de piedra de Isturitz (Passemard).

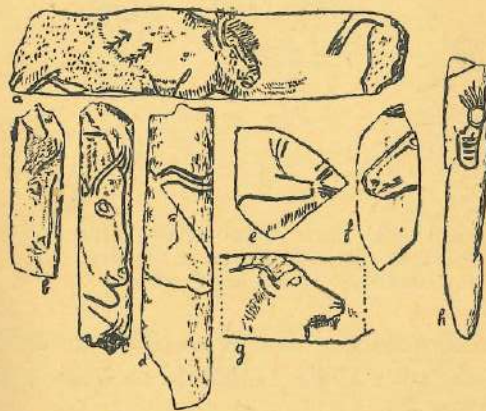


Fig. 54. — Arte mobiliario. Grabados en hueso y en cuerno: a, b, c), bisontes (Isturitz, según St-Périer); d), bóvido (Isturitz, según Passemard); e, f), renos (Isturitz, según St-Périer); g), cabra montés de Isturitz (St Périer); h), alisador de hueso de Santimamiñe.

arpones. El toro salvaje aparece también en algunos grabados.

El reno ha sido representado en los grabados de diversos objetos de hueso. Menos frecuentes son el ciervo, la cabra montés y la gamuza.

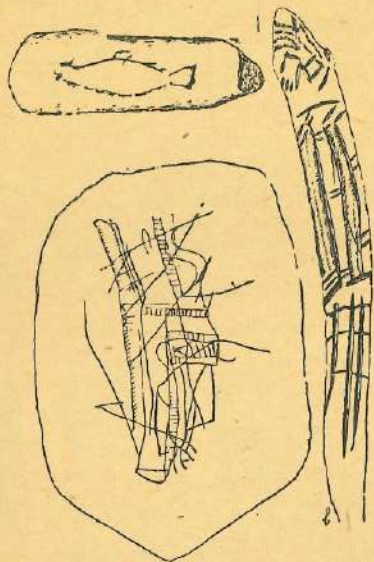


Fig. 55. — a), figura de pez (Isturitz, según St. Périer); b), figura pisciforme de Lumentxa; c), tectiforme de Isturitz (Passemard).

De peces existen grabados esquemáticos de difícil interpretación, salvo el de un salmónido trazado en un hueso de Isturitz.

Una serpiente aparece también grabada en un hueso de Isturitz, en un cuerno de reno un ave y en una placa de piedra una figura tectiforme (figs. 53, 54 y 55).

Se conocen varias figuras antropomorfas. En una lámina de hueso ha sido trazada la de una mujer desnuda con los brazos elevados en actitud suplicante, a la que, por la rotura de la pieza, le falta la cabeza. Lleva al cuello un collar y en el tobillo tres anillos. Sobre el muslo derecho tiene grabado un arpón. En la parte baja



Fig. 56. — Figuras antropomorfas de Isturitz (St. Périer).

de la misma lámina existe otra figura humana de la que sólo se ha conservado el busto: tiene su mirada fija en la mujer, los brazos igualmente elevados y las manos juntas; un collar de tres ringleras en el cuello y un brazalete análogo en el puño derecho (fig. 56).

Entre las figuras de *contornos recortados* hay un bi-

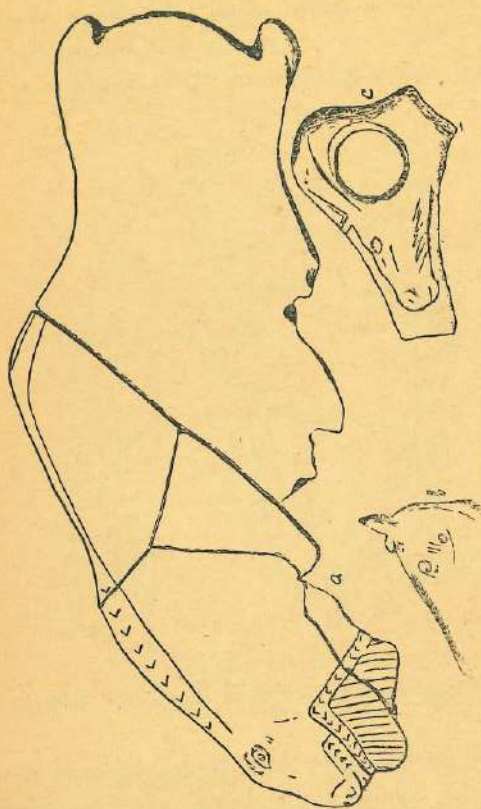


Fig. 57. — Esculturas y grabados de contornos recortados de Isturitz. a), bisonte; b), cabeza de caballo; c), cabeza de reno en extremo de bastón perforado (*Passemard*).

sonste recostado que se hallaba en la base del Magdaleniense de Isturitz en contacto con la industria solutrense. También existen varias cabezas de caballo, una de oso pardo, una foca y un salmón (figs. 57 y 58).

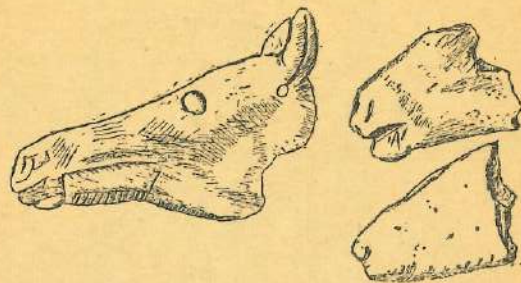


Fig. 58. — Contornos recortados de caballo (a), de reno (b) y de oso (c). Isturitz. (*St. Périer*).

En cuerno de cérvido han sido ejecutadas diversas *esculturas* que adornan varios propulsores y varillas perfo-

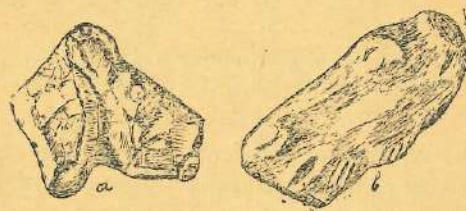


Fig. 59. — Esculturas de Isturitz (*St. Périer*): a), cabeza de caballo en ámbar; b), ídem de hueso.

radas. Representan caballos, toros y alguna vez peces. En ámbar está esculpida una cabeza de caballo en Isturitz (fig. 59).

Las figuras esculpidas en piedra son numerosas: re-



Fig. 62. — Azagaya de Isturitz (St. Périer), con caballos en perspectiva.

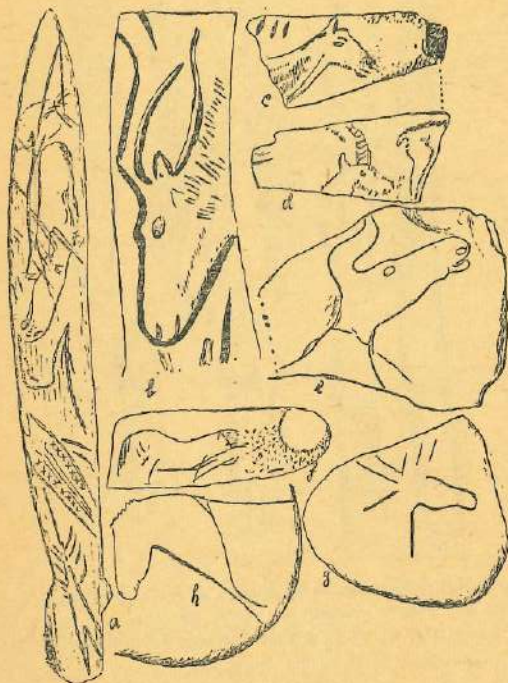


Fig. 63. — Magdaleniense superior. a), espátula con figuras de reno, ciervos y peces; b), reno en un bastón perforado; c, d), cierva y cabra en un trozo de cuerno (Isturitz, St. Périer); e), bóvido en placa de piedra (según Pasemard); f), compresor de piedra de Ermittia; g), placa de piedra con figuras de ciervo (Aitzbitarte); h), placa de piedra de Urtiaga.

Ciervos y renos son también representados, así como la cabra montés y la cierva y peces estilizados (fig. 63).

Modo de vida. — Los restos de alimentos que hallamos en los yacimientos de esta época, las armas, los instrumentos de trabajo y demás objetos que abundan en tales lugares, el arte rupestre y el mobiliario tan hábilmente desarrollados en sus diversos aspectos y la situación misma de los albergues humanos nos prueban que la caza continuaba siendo el centro de las preocupaciones del hombre.

En Santimamiñe los huesos que más abundan son del caballo (22 %) y los bóvidos que existen en igual proporción. Síguelos el ciervo con 18 %, la cabra montés con 15 %, la gamuza con 6 %, el jabalí con 9 % y el oso pardo con 3 %. En Isturitz es el reno la especie

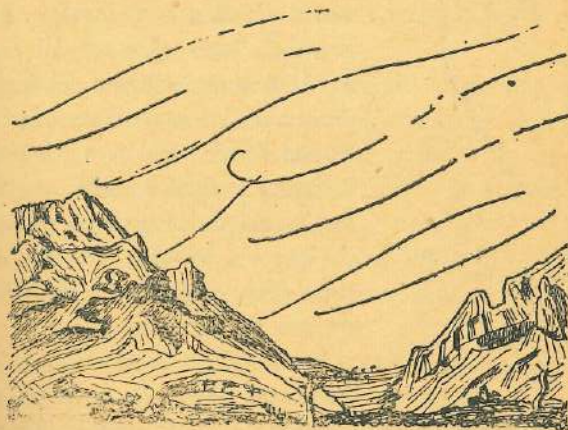


Fig. 64. — El desfiladero de Atxarte desde Mendiola (Abadiano). A la izquierda, la Peña Aizkiki; a la derecha, la de Unzilat, donde se abre la cueva de Bolinkoba, dominando el barranco.

más abundante durante el Magdaleniense inferior; síguenle el caballo, los bóvidos (bisonte y el toro salvaje), el ciervo y la cabra montés. Durante el Magdaleniense superior predomina el caballo, al que le siguen el reno, el ciervo, los bóvidos, la gamuza, etc.

El cazador escogía para su habitación una caverna situada generalmente en paraje de donde pudiera dominar el paso de los animales que le interesaban, es decir, sobre una encañada o sobre un portillo por el que se comunicaran dos valles. En ella instalaba a su familia y de ella hacía su taller y su templo (fig. 54).

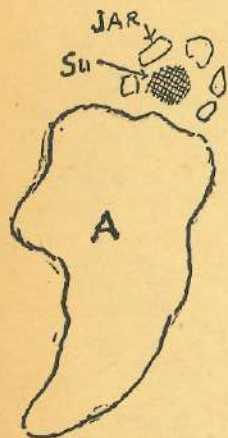


Fig. 65. — Roca de esculturas murales (A), hogar (SU) y asientos (JAR) en la cueva de Isturitz (según Passermard).

Las viviendas del hombre magdaleniense que conocemos hoy en la vertiente oceánica del Pirineo vasco se hallan en una zona comprendida entre el nivel del mar y 500 metros de altitud. El hecho de que en los yacimientos de cavernas donde existan niveles solutrenses y auriniacienses, no falten los magdalenienses, es prueba de que los hombres de esta última época seguían la tradición de sus predecesores.

El hogar se establecía en el fondo del vestíbulo de la cueva y a cierta distancia de sus muros, en sitio adonde llegara la luz de la entrada y donde no hubiese corrientes de aire. Era un hoyo circular practicado en el suelo, seme-

jante al tipo de hogar que ha estado en uso hasta fines del siglo pasado en algunas localidades del país vasco ⁽¹⁾. A veces aparece rodeado de piedras de las que algunas servían de protección al fogón y otras de asiento a los moradores (fig. 65).

El fuego era un agente precioso para elevar la temperatura de la vivienda, para iluminarla y para hacerla más confortable. Servía también para guisar los alimentos y para ahuyentar a las fieras.

El hombre llevaba sin duda algún vestido para protegerse contra el frío. Las pieles de animales debieron de ser utilizadas para este fin. Aun hoy los pastores se abrigan a veces con pieles de ovejas y fabrican su calzado con la de vaca. Las agujas de hueso que aparecen en los yacimientos del Paleolítico superior y ciertos instrumentos de cuerno semejantes a los actuales alisadores (*gabil*) de correas de cuero, revelan que era practicada la costura.

Tal vez como adornos, pero también como amuletos, debieron de ser empleados diversos objetos de reducido tamaño, como conchas perforadas, cristales de cuarzo, dientes de animales provistos de orificios de suspensión, etcétera. Con igual significación de amuletos han sido usados hasta nuestros días en el país vasco algunos de estos objetos, particularmente las cuentas de cristal, dientes de caballo y de jabalí.

El adorno corporal se complementaba probablemente con la pintura. En algunas estaciones (Lumentxa, Urtiaga,

(1) Nuestros obreros de Lumentxa, al ver un fogón de aquella cueva, lo hallaron idéntico a los viejos hogares de unas casas de Aulestia que ellos habían conocido.

Isturitz y Bolinkoba) han sido hallados trozos de hematitas y de ocre pulimentados y desgastados por el uso. Minerales de esa naturaleza son utilizados todavía para pintar y marcar las ovejas, según lo vimos en la sierra de Urbasa.

La identidad de estilo en la técnica —armas, instrumentos y otros utensilios— y la unidad de costumbres y de preocupaciones artísticas en extensas zonas geográficas —desde la Dordoña hasta Asturias y sur de España, por ejemplo— que no pueden explicarse por la similitud del género de vida y del ambiente físico, denotan relaciones sociales amplias y de larga duración. Por otra parte, la caza de ojeo, que forzosamente debía de ser utilizada para capturar caballos, renos, ciervos, cabras, bóvidos, jabalíes, etc., requería la asociación de muchos individuos. Es, por lo tanto, indudable la existencia de grupos suprafamiliares a los que la comunidad de intereses y de normas jurídicas daba coherencia y personalidad.

Un examen detenido del inventario del material procedente de las estaciones de aquella época, nos pone en contacto con el entramado espiritual de la civilización magdaleniense.

Ya hemos indicado más arriba que los dibujos parietales son la expresión de creencias religiosas. De los del arte mobiliario cabe decir lo mismo. Análogas son las representaciones ejecutadas en uno y otro caso. Los mismos animales que discurrían por el país y que eran cazados y consumidos, eran también representados por el artista. Las mismas especies e imágenes preocupaban al hombre en los diversos aspectos de su vida económica,

artística y religiosa. Procedía como si, al igual que en los mitos vascos tradicionales, creyese en números de figura animal que habitan en las cavernas y por eso les

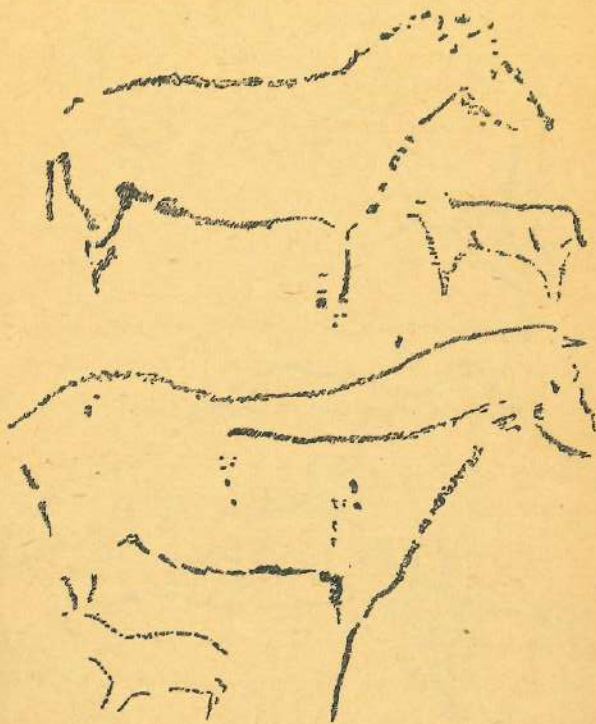


Fig. 66 A. — Dibujos de arcilla de Etxeberriko-Karbia, según Laplace-Jauretxe.

tributaba un culto en cámaras subterráneas alejadas del mundo exterior. Tales eran, pues, sus divinidades y tales sus templos (figs. 39 y 66 A, B, C).

Junto al culto religioso debió de existir un ideal o concepción mágica que atribuye eficacia o virtud operativa a la expresión gráfica o simbólica de un propósito. A esto

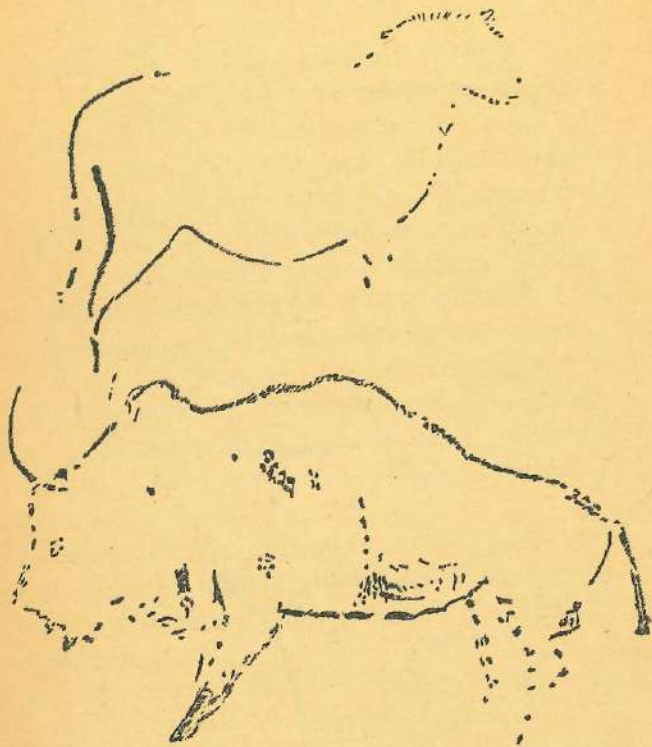


Fig. 66 B. — Dibujos de Etxeberriko-Karbia, según Laplace-Jauretxe.

responden, según muchos prehistoriadores, las figuras de animales sobre las cuales aparecen trazados ciertos diseños, como de trampas, de redes, de vallados y de armas

(flechas y arpones): representan la caza mágica que, según designios del mago, ha de determinar la caza real de los animales dibujados (fig. 67).



Fig. 66. C. — Pinturas murales de Sasixiloaga, según Laplace-Jauretxe.

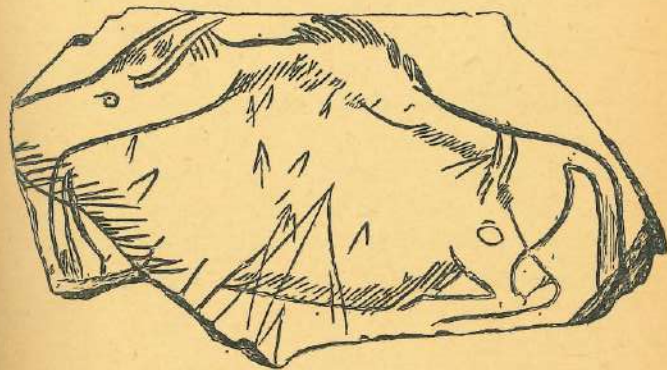


Fig. 67. — Bisontes grabados en una placa de piedra (Isturitz, según St. Périer). Su cuerpo se halla sembrado de flechas.

Son, pues, la religión y la magia los resortes espirituales que inspiraron una gran parte de las producciones artísticas del hombre magdalenense. Ambas concepciones se mezclan frecuentemente en las obras de los pueblos primitivos. Pero en nuestro Paleolítico presentan un sello común, porque una y otra utilizan para sus fines figuras de las mismas especies animales. Así, la caza, que era el modo de vida fundamental de la población superopaleolítica, determina la forma de la economía, de la organización social, de la técnica, del arte, de la religión, de la magia y de la ética.

V

MESOLITICO

El final del Paleolítico coincide aproximadamente con el del último período glaciario. Después el clima se torna más benigno, y este cambio acarrea la extinción de algunas especies de la fauna glaciaria y obliga a otras (el reno, el zorro azul, la foca, etc.) a emigrar a países lejanos. Empiezan, por lo tanto, a escasear los medios de subsistencia comunes hasta entonces. El hombre tiene que adaptarse a las nuevas condiciones de vida, alimentándose pobremente de las especies que restan y de moluscos, sobre todo, en las zonas costeras. Esto determina, al parecer, la decadencia de la industria y la desaparición del arte magdalenense.

El modo de vida sigue siendo todavía fundamentalmente idéntico al del período anterior, es decir, la captura de animales y la recolección de plantas y frutas, y así continúa hasta el principio del tercer milenio antes de Cristo. Es el período mesolítico, que en el Pirineo vasco comprende dos etapas, a saber: Aziliense y Asturiense.

A

AZILIENSE. — En casi todos los yacimientos prehistóricos vascos en que han sido reconocidos niveles del Pa-

leolítico superior, descansa sobre éstos un tramo cuyo contenido es similar al de las estaciones azilienses de otros países. Tal ocurre en Isturitz, en Berroberia, en Urtiaga, en Ermitia, en Lumentxa, en Bolinkoba, en Balzola y en Santimamiñe. Sólo en Silibranka (Mañaria) y en Laminen-eskatza (Mondragón) aparece aislado, sin acompañamiento de capas arqueológicas más antiguas.

El hombre. — Los restos humanos del Aziliense descubiertos hasta hoy en el Pirineo vasco son los procedentes de la cueva de Urtiaga, que ahora se hallan en el museo de San Telmo, de San Sebastián. De ellos han sido estudiados dos cráneos. Ambos se identifican o casi coinciden con el tipo vasco actual en diversos índices, por lo que pudimos decir en otra ocasión ⁽¹⁾ que, atendiendo a tales coincidencias, tales cráneos podrían ser considerados como iniciadores del tipo pirenaico o vasco.

Si, como parece probable, el hombre de Urtiaga es el resultado de una evolución local del de Cro-Magnon, con el que se identifica en varios rasgos y caracteres, la pregunta acerca del origen de los vascos, como de pueblo llegado de otro país, no tiene sentido. Habría que preguntar de dónde vino el hombre de Cro-Magnon.

Alimentación. — Los restos de caballo, menos abundantes en los hogares azilienses que en los precedentes, revelan que esta especie era cazada todavía, como también lo eran los bóvidos, la cabra montés, el ciervo y el jabalí.

(1) José Miguel de Barandiarán, *Exploración de la cueva de Urtiaga*, "Eusko-Jakintza", vol. I, pág. 686. (Bayona, 1947.)

No faltan huesos de oso, de zorro, de gato montés y de tejón, si bien su presencia en este tramo puede ser debida a causas ajenas a la caza y a necesidades de alimentación.

Hay también restos de aves, particularmente de faisán, de ganso, de tordo, de cernícalo, de arrendajo y de paloma montés (*Columba livia*).

De peces existen vértebras de varios tamaños, circulares y elípticas, lo que nos induce a pensar que la pesca era practicada.

Entre los mariscos hay lapas, mojojones, *Nassa reticulata*, *Turbo*, *Dentalium* y magurios (*Trochus*), especie esta última que viene a reemplazar a *Littorina littorea* en Lumentxa durante la última etapa de este período.

El cambio de clima, la desaparición de varias especies de animales que habían sido preferentemente cazados durante el Paleolítico y la emigración de otras a regiones nórdicas, el aumento de mariscos, de peces y de aves en la provisión de comestibles y una más considerable abundancia de alimentos vegetales nos obligan a suponer en el hombre aziliense un régimen alimenticio notablemente diferente del de los cazadores magdalenenses.

Industria. — El hombre de este período empleaba utensilios de piedra y de hueso semejantes a los del período precedente, de los que se distinguen a veces en meros detalles.

Así, nos dejó en sus hogares muchos instrumentos de pedernal, como láminas con escotadura; puntas retocadas de varias formas; láminas y puntas de dorso rebajado

y otras con retoques marginales; raspadores discoidales y en extremo de lasca; buriles de punta media y de punta lateral; perforadores y puntas triangulares, cuyas

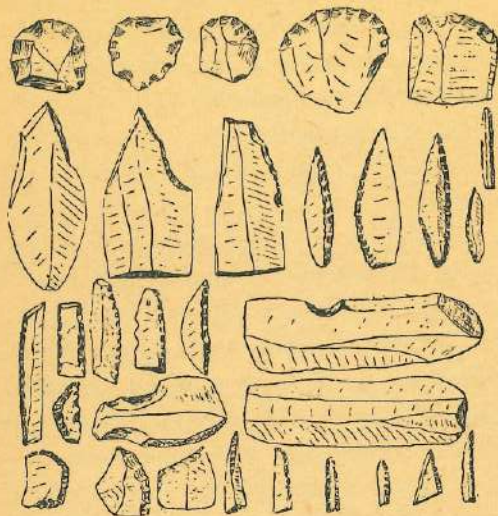


Fig. 68. — Industria lítica aziliense de Urriaga. Los objetos de la fila inferior son de Ermitia.

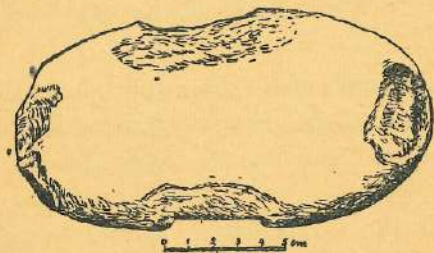


Fig. 69. — Percutor o martillo, o pesa de cordeles de pesca, de Urriaga.

formas, así como lo reducido del tamaño en muchos casos, hacen que el conjunto constituya algo característico e inconfundible. Junto a esta industria, en gran parte microlítica, fabricó también piezas de grandes dimensiones, como el martillo de piedra provisto de ranura central para el mango, y utilizó numerosos cantos rodados de diversos tamaños (figs. 68 y 69).

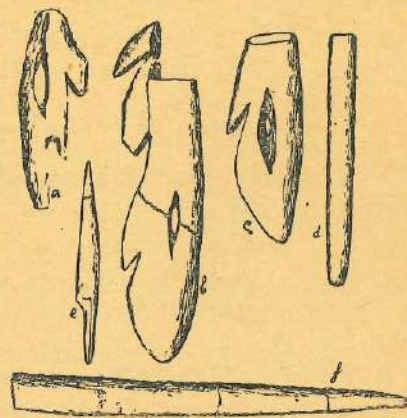


Fig. 70. — Industria ósea aziliense: a), contera de arpón de Lumea; b), arpón de Ermitia; c), arpón de Urriaga; d, f), punzones de Ermitia; e), punta de Urriaga.

En hueso logró puntas, compresores, espátulas, cincles y arpones aplanados provistos de orificio y de una fila de dientes (fig. 70).

Arte. — Ya al final del Magdaleniense es patente la decadencia del arte. Sus manifestaciones son más toscas que en las etapas precedentes y la esquematización tiende a reemplazar al arte naturalista. Este proceso continúa

acentuándose durante el Aziliense. No conocemos figuras parietales de este tiempo en el país vasco, y los grabados en hueso se reducen a meras incisiones indiscutibles que quizás no tengan más que un sentido ornamental.

Las cuentas de azabache, los colmillos de ciervo perforados y el caracolillo de *Nassa reticulata* del Aziliense de Urtiaga eran quizás utilizados como adornos corporales, si bien es probable que fuesen también amuletos que respondieran a creencias mágicas (fig. 71).



Fig. 71. — Colgantes azilienses de Urtiaga. a), dientes de ciervo; b), nassa; c), azabache.

También eran empleados coloretes de ocre y de hematites como elementos de pintura corporal probablemente.

Modo de vida. — Los restos de comida de que hemos hecho mención arriba y los instrumentos de piedra, de hueso y de cuerno conservados en los yacimientos de esta época, nos dan a entender que el hombre aziliense vivía principalmente de la caza, como sus predecesores paleolíticos. En las estaciones próximas a la costa se proveía, además, de litorinas, de magurios y de otros mariscos y de peces en proporción muy superior a la del período precedente. Se ve, pues, que el hombre se iba adaptando, en sus gustos y en la orientación de su economía, a la nueva situación creada por el cambio

de clima, por la desaparición de una parte de la caza y por el aumento de la producción vegetal.

Las preocupaciones de orden espiritual continuaron, en parte, como antaño. Los mismos amuletos eran utilizados todavía. Pero otras manifestaciones desaparecen del escenario: ya no interesa, por ejemplo, la representación del animal; el interés del artista se ha orientado hacia otros campos. Probablemente ha habido cambios en la estructura espiritual y en el mundo conceptual paralelamente a la transformación que se ha operado en el modo de vida económico. Ignoramos el sentido y el alcance de estos cambios, si bien hay quienes opinan que la decadencia de la caza, como forma económica dominante, determinó la desaparición de ciertos aspectos de la magia superpaleolítica con el consiguiente abandono de las antiguas figuraciones animales del arte parietal y mobiliario, dando lugar al predominio de las concepciones animista y del culto de los muertos. Es posible; pero no hay que desechar la idea de una continuidad fundamental de la religión y de la magia paleolítica expresadas mediante símbolos de materia y de forma más caducas que las de antaño.

B

ASTURIENSE. — En los yacimientos explorados hasta hoy en el país vasco, son raros los restos típicamente asturienses. Pero, después del Aziliense, una larga etapa con fauna e industria peculiares transcurre todavía antes de las primeras manifestaciones del Neolítico.

La fauna acusa un clima templado. Es indudable que la flora se iba enriqueciendo con nuevas especies y que

ofrecía al hombre posibilidades más ventajosas que antaño.

La estación vasca en que aparece mejor representado este período, es la de Santimamiñe, donde existe un conchero de mucha extensión. Cerca de Biarritz, en la playa de Mouligna, debajo de estratos carbonosos con cerámica neolítica, ha sido señalado un nivel asturiense con industria típica.

Fuera de nuestro país el Asturiense se halla representado en diversas localidades de Santander, Asturias, Galicia, norte de Portugal y noroeste de Cataluña.

Fauna. — Las estaciones asturienses se caracterizan, en general, por la extraordinaria abundancia de mariscos, sobre todo las situadas en regiones costeras. En Santimamiñe el 94 % del volumen formado por los restos de comida, corresponden a los mariscos, el 5,5 % a los animales de caza y lo restante a otras especies, entre las cuales hay que señalar los peces, representados por numerosas vértebras. Eran cazados el jabalí, el ciervo, el corzo, la gamuza, la cabra montés, el toro (raro) y el caballo (más raro). Teniendo en cuenta que de cada ejemplar de estas especies cazadas falta la mayor parte de los huesos, lo que se debe probablemente a que la caza era descuartizada fuera de la caverna, se puede afirmar que el volumen comestible de la carne de caza no era menor que el de los mariscos.

Entre estos el 76 % son ostras (*Ostrea edulis*, sobre todo); el 17 %, chirlas (*Tapes*); el 2 %, *Scrobicularia plana*; el 0,8 %, mojojones (*Mytilus edulis* y *M. minimus*); el 0,6 %, caracoles (*Helix nemoralis*, *H. adspersa*

y *H. quimperiana*); el 0,4 %, lapas (*Patella vulgata*, *P. aspera* y *P. lusitanica*); el 0,3 %, magurios (*Monodonta lineata*, *M. sagittifera* y *M. reticulata*). Había también litorinas (*Littorina littorea*) en escaso número, *Cardium edule*, *Murex erinaceus*, *Nassa reticulata*, *Triton nodifer*, etcétera.

De aves hay varias especies: palomas (*Columba palumbus* y *C. oenas*), perdices, tordo, mirlo, polla de agua, pato, ganso, águila, milano, arrendajo, lechuza, etc.

El hombre. — No poseemos todavía documentos suficientemente explícitos que nos informen acerca del tipo de hombre que habitó en nuestro país durante el Asturiense. Los restos humanos hallados en el conchero de Santimamiñe no podrían ilustrarnos mucho a este respecto, aun cuando fuesen contemporáneos de aquel depósito de mariscos, porque su estado fragmentario no permite tomar medidas útiles para un estudio serio. Es de suponer, sin embargo, que los caracteres del hombre que vivía a la sazón en esta parte del Pirineo, no estarían en discordancia con los de la población precedente que presentaba ya no pocos rasgos propios del vasco histórico.

Industria. — Picos de piedra dura considerados como típicos de este período fueron hallados en los estratos inferiores a los lignitos de Mouligna, cerca de Biarritz. Tres picos semejantes fueron también hallados en Lumentxa, en un nivel comprendido entre la parte superior del Aziliense y la base del Neolítico. En la capa inferior del conchero de Santimamiñe aparecieron igualmente algunos artefactos de pedernal que recuerdan los mismos instrumentos, si bien, a pesar de tales piezas, es difícil

justificar la atribución del nivel de mariscos de aquel yacimiento al Asturiense típico (fig. 72).

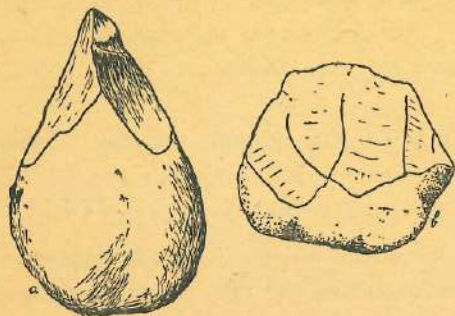


Fig. 72. — a), pico asturiense de Mouligna; b), de Santimamiñe.

Existen también otros tipos de instrumentos, principalmente de pedernal, como cuchillos, láminas con muescas, perforadores, raspadores aquillados y discoidales, raederas, puntas y hojas de dorso rebajado, microlitos triangulares, etc. (fig. 73).

Hay instrumentos de hueso, como puntas, hendidores y cinceles; láminas de filo agudo labradas en colmillo de jabalí, y candil o asta perforada (fig. 74).

Como colgantes debieron de ser empleados un anillo de piedra, los cristales de cuarzo, *Nassa* y *Cardium* agujereados de Santimamiñe (fig. 75).

Modo de vida. — La caza continuaba todavía siendo una ocupación importante del hombre de nuestro país, aun en las regiones próximas a la costa, según se deduce de los análisis cuantitativo y cualitativo de los estratos que contienen restos de comida conservados en los que

fueron albergues o establecimientos humanos de aquella época.

El jabalí, que hasta fines del siglo pasado vivía en los montes que rodean Santimamiñe, debió de ser capturado

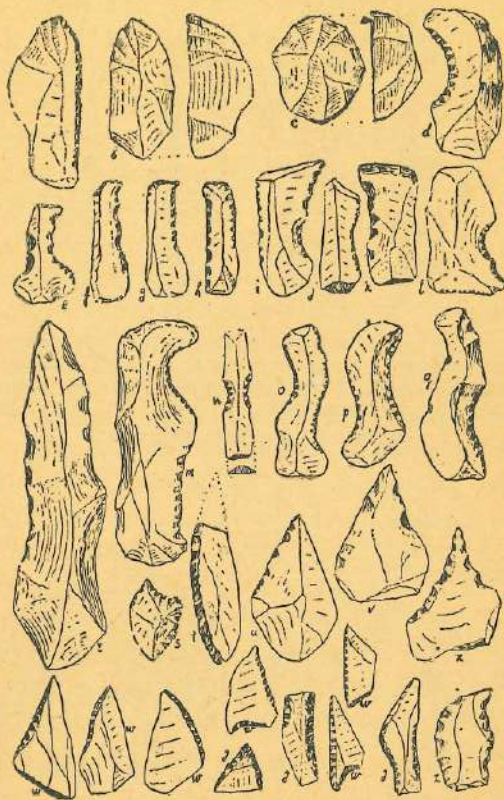


Fig. 73. — Industria lítica asturiense de Santimamiñe. a, b, c), raspadores; d, g), láminas con muescas; r), lámina retocada; s, u, v, x), perforadores; t), punta de dorso rebajado; w), puntas triangulares y trapeciales; y), cinceles; z), buril.

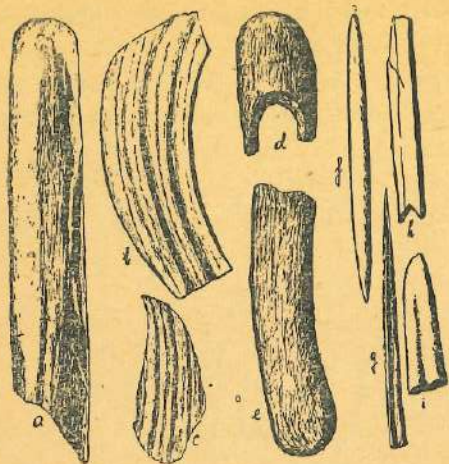


Fig. 74. — Industria ósea asturiense de Santimamiñe. a), raspador o espátula de hueso; b, c), cuchillos de colmillo de jabalí; d), horquilla o trozo de bastón perforado; e), espátula de hueso; f, g), punzones de hueso; h), hueso labrado; i), raspador.

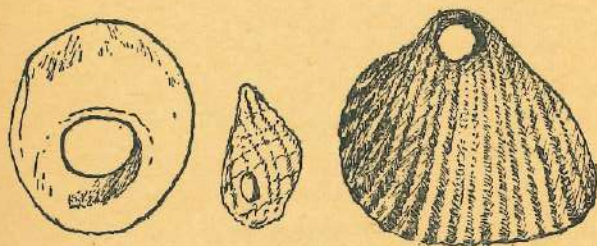


Fig. 75. — Colgantes asturienses de Santimamiñe: cardium, nassa y anillo de piedra.

con mucha frecuencia ⁽¹⁾. Después del jabalí era el ciervo el animal más frecuentemente cazado; a éste le seguía la cabra montés; a ésta, el corzo; a éste, la gamuza.

Como las batidas se efectuaban entre muchos individuos asociados, el botín debió de ser repartido en el campo, llevando cada cazador la parte de la carne que le correspondía con la menor cantidad posible de huesos. Así se explica que muchos de éstos, sobre todo los que no tienen tuétano, falten en los yacimientos.

La presencia de huesos de paloma, de perdiz y de otras aves en Santimamiñe hace pensar que la caza de estas especies sería igualmente practicada por entonces.

Como el éxito en la caza era aleatorio, la recolección de mariscos en ciertas épocas aseguraba la alimentación del hombre que habitaba en zonas próximas al mar. En los hogares asturienses se hallan representadas no sólo las especies que se comen hoy en la costa vasca, tales como ostras, chirlas, mojojones, magurios, lapas y margolas (*Cardium*), sino también las que se comen en otros puntos del litoral cantábrico, tales como muergos (*Solen*), cadelas (*Scrobicularia*), zamoriñas (*Chlamys*), *Mya*, avieñeiras (*Pecten*) y minchas (*Littorina*).

En la zona costera era también practicada la pesca, de lo que dan testimonio las vértebras de pez relativamente abundantes en Santimamiñe y en Lumentxa.

No sabemos cuál fué el método de pescar, si con red, con anzuelo o de algún otro modo.

(1) El día 12 de agosto de 1919, yendo de Santimamiñe a la caverna llamada *Kobaederra*, que dista de aquélla poco más de un kilómetro, vi junto a la senda por donde subía, un profundo hoyo abierto en la tierra: era una trampa para cazar jabalíes, según me aseguró mi guía.

En cuanto al procedimiento empleado en la recolección de mariscos, no creemos que en nuestras costas fuesen utilizados mucho los picos asturienses; para arrancar ostras, lapas, etc., los cinceles de hueso y las láminas de colmillo de jabalí eran instrumentos más adecuados, según se observa en quienes se dedican actualmente a esta labor.

La recolección de frutas y de plantas era otro de los medios de lograr comestibles; pero no tenemos pruebas directas, ni conocemos objetos que presupongan la existencia de este modo de vida.

Los colgantes de piedra y de conchas de marisco respondían sin duda a creencias mágicas o religiosas; pero no conocemos signos más explícitos que nos revelen algo del mundo concetpual del hombre asturiense de nuestro país.

Herencia de épocas precedentes fué mucho de lo que observamos en los modos de vida de este segundo período mesolítico vasco. Pero no todo: las concordancias de su industria lítica (picos de cuarcita y microlitos de pedernal) con formas asturienses y tardenoisenses de otros países prueban que los habitantes de Santimamiñe, de Lumentxa y de Mouligna no vivían aislados, antes mantenían relaciones con diversos pueblos, particularmente con el nordeste cantábrico y astur, de tradición local paleolítica, y con el mediodía y Este matizados de culturas mediterráneas de facies tardenoisense.

VI

NEOLITICO

La edad de la piedra pulimentada no ha sido estudiada en el Pirineo vasco como etapa distinta del Eneolítico, a pesar de que algunos de los yacimientos explorados en este país permitan reconocerla como un complejo cultural estratigráficamente intercalado entre el Mesolítico y la edad de los metales. En Santimamiñe, por ejemplo, el estrato comprendido entre las primeras formas de cerámica y las primeras muestras de cobre con tipos de vasijas semejantes a los de los dólmenes vascos, alcanza cerca de un metro de espesor en una gran extensión del yacimiento. Es, por lo tanto, razonable que señalemos a continuación algunos rasgos de este período.

El clima continuaba siendo como en el Asturiense, según se desprende de la fauna que a la sazón vivía en la región. La preponderancia del magurio sobre la litorina y la abundancia del mojojón en las costas vascas son quizás un signo de temperatura media más elevada que durante las épocas precedentes.

Las estaciones neolíticas conocidas hasta hoy en el Pirineo vasco son las de Santimamiñe, Lumentxa, Bolinkoba, Urtiaga, Ermitia, Uriogaina, Isturitz y Mouligna. (fig. 76).

Fauna. — Entre las especies que poblaban el país vasco durante el Neolítico figuraban el toro, el caballo, el ciervo, la cabra montés, el corzo, la gamuza, el jabalí, el zorro, el gato montés, la garduña y la marta. El ciervo y, sobre todo, el jabalí, eran de los animales que más cazaba el hombre.

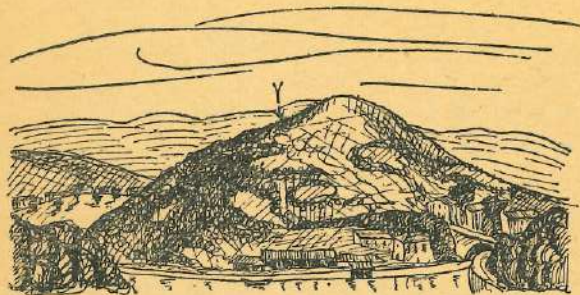


Fig. 76. — Gráfico del monte Lumentxa de Lequeitio, tomado de la carretera de Mendexa. Al pie, la ría. La flecha señala la entrada de la famosa cueva.

Existía ya la oveja en Vizcaya, según lo prueban sus restos de Santimamiñe; lo que es indicio de que la práctica de su domesticación y explotación había llegado a esta parte del Pirineo.

Entre las aves que, de una u otra manera, llegaron a los yacimientos de esta época, figuran el ganso, el faisán, la malviz, la perdiz blanca, el halcón, la corneja, el arrendajo y la lechuza.

De mariscos hay abundantes magurios, ostras, chirlas, lapas y mojojones; menos abundantes los *Scrobicularia*, *Solen*, *Cardium*, *Dentalium vulgare*, *Pecten*, *Unio*, *Nassa reticulata*, etc.

Restos de diferentes peces —merluza, *Belone vulgaris*, *Labrus* y otras— aparecen también en los yacimientos neolíticos.

El hombre. — En el nivel neolítico de Lumentxa fueron descubiertos restos humanos que, como otros hallados en diferentes estaciones prehistóricas vascas, no tenían señales de haber sido enterrados cuando fueron depositados en la caverna. Debieron de ser simplemente colocados sobre el suelo. No hay que considerarlos, por lo tanto, como más recientes que el estrato neolítico que los engloba.

Con tales restos pudimos reconstruir casi completamente un cráneo infantil, el cual, comparado con la serie vasca reciente, apenas presenta caracteres divergentes de los valores medios del tipo actual.

Industria. — En piedra labró el hombre diversos artefactos, de los que algunos reproducen formas antiguas, como las puntas y láminas de pedernal de dorso rebajado, puntas de la Gravette, láminas con muescas, sierras, raspadores y cuchillos; otros son nuevos, como las hachas de ofita pulimentada de Santimamiñe, martillos pulimentados, picos, percutores, piedras de afilar y flechas (fig. 77).

En el nivel neolítico de Lumentxa había un molino de asperón, es decir, un par de piedras de las cuales la mayor presenta una cara lisa cóncava, y la otra es una pieza un tanto redondeada que puede rodar fácilmente sobre la primera (fig. 78).

También son de piedra diversos rodetes provistos de

orificio, que debieron de servir de colgantes, tal vez de amuletos (fig. 77), como los cristales de roca.

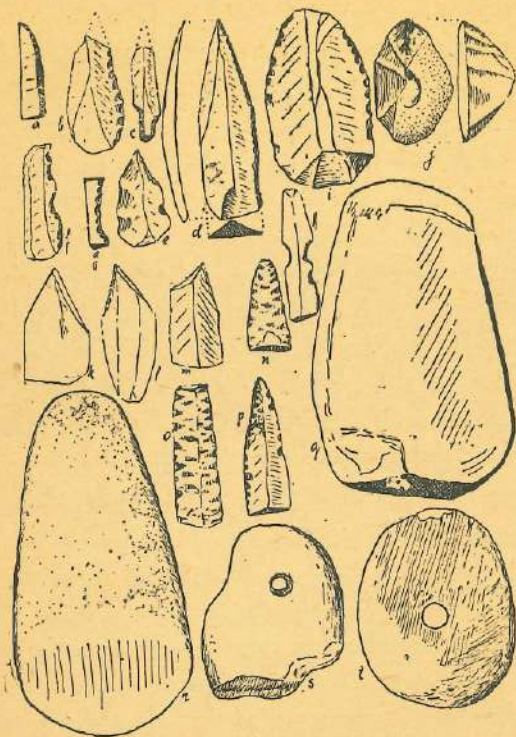


Fig. 77. — Industria lítica del Neolítico de Santimamiñe: a, b, c, d, e), puntas de retoques dorsales y marginales; f, g, h), láminas de muescas; i, j), raspadores; k, l, m), buriles; n, o, p), puntas de retoques faciales; q), martillo de ofita pulimentado; r), hacha de ofita pulimentada; s), colgante de barro cocido; t), colgante de piedra.

Eran utilizados colorantes de ocre, como en etapas anteriores.

En hueso y cuerno eran labrados los punzones y las agujas (fig. 79).

La cerámica aparece durante la etapa final del conchero de Santimamiñe, asociada a nuevos tipos de flechas (foliáceas), a hachas pulimentadas y a huesos de oveja.

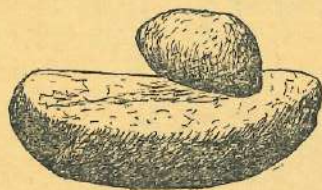


Fig. 78. — Molino neolítico de Lumentxa.



Fig. 79. — Punzón de hueso y aguja de cuerno de Santimamiñe.

Vasijas de barro grueso, cuya superficie presenta acanaladuras debidas a impresiones digitales, aparecen al principio. Las hay también que tienen adornos crateriformes, cordones en relieve, surcos e impresiones del zarzo sobre el que fueran fabricadas (fig. 80).

Modo de vida. — Los restos de comida y de industria del hombre neolítico vasco nos dan a entender que éste se dedicaba principalmente a la caza, ocupación que alter-

naba con las de pesca y recolección de mariscos en la región costera. Pero el molino de Lumentxa y la aparición de la oveja en Santimamiñe revelan el principio de nuevas formas económicas: el pastoreo y la probable utilización de cereales.

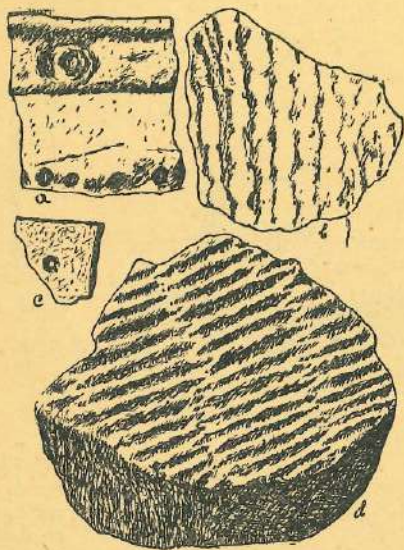


Fig. 80. — Cerámica neolítica de Santimamiñe. a), cerámica con círculos, surco y faja de incisiones; b), cerámica con impresiones digitales; c), trozo de vasija con orificio de suspensión; d), base de vasija con impresiones de zarzo.

La domesticación de los bóvidos fué, sin duda, una de las primeras logradadas en el país vasco. La raza vacuna que ha sido tradicionalmente explotada en el Pirineo es la misma que vivía antiguamente en estado salvaje en este país; por lo que puede asegurarse que

el vasco domesticó el tipo de vaca que antes cazaba ⁽¹⁾. De igual modo procedió con la cabra y el caballo.

La domesticación debió de ser muy incompleta al principio. Consistía en una suerte de apropiación de las crías de animal que luego eran echadas al monte donde pacían libremente en todo el tiempo. Cuando era necesaria la carne de uno de estos animales, el dueño procedía a su captura, cazándolo conforme a métodos antiguos. Probablemente el animal estaba adjudicado, mediante convenio, a varios individuos o familias, del mismo modo que cuando era cazado entre varios mediante batidas organizadas durante el Paleolítico ⁽²⁾.

No sabemos qué cereales consumía el hombre; pero el molino de Lumentxa nos induce a pensar en la molienda de granos comestibles, probable indicio de que el cultivo de la tierra, limitado sin duda a pequeñas parcelas o huertas, estaba en uso en el país.

Los restos de peces hallados en las estaciones neolíticas demuestran que la pesca era a la sazón practicada. Probablemente era conocida la navegación en pequeñas piraguas de una sola pieza (troncos de árboles ahuecados), semejantes a las halladas en las estaciones lacustres de Suiza, como la pequeña piragua descubierta

(1) Adolf Staffe, *Beiträge zur Monographie des Baskenrindes* ("Riev", XVII, p. 34, 1926.)

(2) Este juicio nos parece razonable, puesto que la existencia de una tan rudimentaria explotación ganadera que ha estado en uso hasta nuestros días en las zonas montuosas del Pirineo vasco, no se explica sino procediendo de los primitivos ganaderos o considerándola como una supervivencia del método utilizado por éstos. También la posesión de un animal (que paca libremente en el monte) entre varios individuos o familias, de suerte que cada una de éstas tenga adjudicada una parte (mitad derecha, muslo izquierdo, etc.), parece un vestigio de las antiguas particiones del botín de caza.

en el lecho del Adur (figuraba en el Musée de la Mer de Biarritz el año 1937), probable caso de supervivencia de los modelos neolíticos del país, utilizados hasta nuestros días en el río Nive.

No conocemos ninguna obra de cestería de esta época en el territorio vasco; pero la cerámica de Santimamiñe, la moldeada sobre zarzos, revela que este género de recipientes, tejidos con mimbre o con flejes, eran utilizados.

La vida social dentro del marco de cada valle, según lo requería la rudimentaria explotación de los bóvidos, de la cabra y del puerco, estaba matizada principalmente por las exigencias de la vida ganadera en las regiones montañosas. En las comarcas bajas y en los llanos la agricultura y el pastoreo habían empezado ya sus primeros pasos y también sus luchas.

La población neolítica profesaba indudablemente alguna religión. El empleo de coloretos (ocre), de colgantes de piedras y de cristales de cuarzo pudo tener como finalidad el adorno del cuerpo; pero es más verosímil que obedeciera a ideas mágicas o religiosas. Existía también la creencia en una vida futura. La vasija de barro hallada junto a los huesos infantiles de Lumentxa, debió de ser colocada allí con ofrendas para el muerto. De la religión y de la magia anteriores, continuaban probablemente sus creencias y sus ritos, puesto que también más tarde en tiempos históricos, formaban todavía el fondo del mundo conceptual y místico del pueblo pirenaico, si bien su antigua expresión más caracterizada —las figuras naturalistas del Paleolítico— había sido suplantada por simples signos y por objetos y gestos simbólicos.

Fué, pues, el Neolítico una etapa de grandes transformaciones en nuestro país, como lo fué también en otras partes.

La introducción de la oveja y la domesticación de otros animales constituyeron hechos de capital importancia. Por otra parte, las condiciones geográficas del

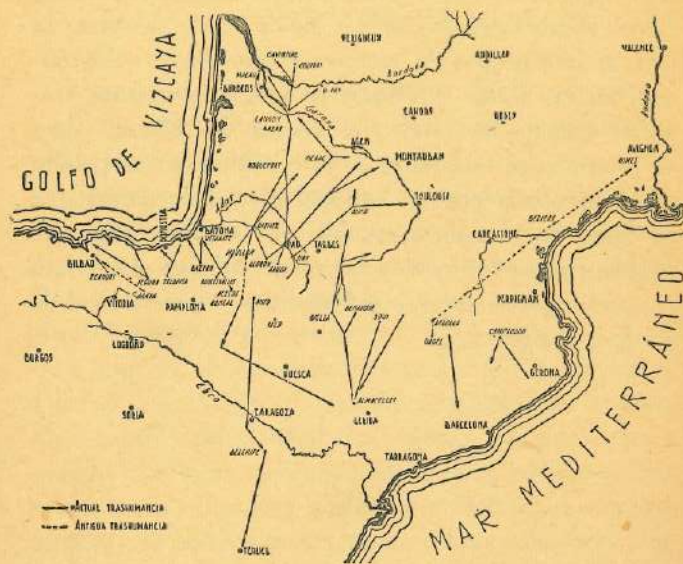


Fig. 81. — Área de la trashumancia invernal pirenaica. Las puntas de flecha señalan los puntos extremos a donde llegan los rebaños.

Pirineo imponían un régimen de trashumancia a quienes iniciaban aquí la explotación ganadera. Entonces debió de inaugurarse la época de los grandes desplazamientos periódicos de los *pastores pirenaicos* que, estableciendo contactos regulares con diversas poblaciones,

fueron portadores de diversas modalidades, como de la cerámica, de las flechas foliformes, de las hachas y martillos pulimentados, de los molinos de mano, etc. Tales desplazamientos continuaron hasta los tiempos actuales, si bien hoy no constituyen más que una desmedrada supervivencia de lo que fué antaño (fig. 81).

Aunque estas transformaciones no requieren forzosamente migraciones de pueblos, no se puede descartar la idea de que grupos de *pastores extrapirenaicos* llegaran aquí en sus flujos y reflujos de vida trashumante, trayendo consigo los nuevos elementos de cultura. Pero su presencia en esta parte de la cordillera no ha podido ser comprobada por la Antropología, antes parece que no hubo aquí cambios notables en la composición del pueblo, porque los mismos rasgos del hombre que habitó en estas regiones durante el Mesolítico caracterizan al de las épocas siguientes.

VII

ENEOLITICO

Después del Neolítico propiamente dicho que termina hacia los 2000 años antes de Jesucristo, continuó sin variación apreciable el paisaje natural del Pirineo vasco. La fauna comprendía, además de la vaca, de la cabra, de la oveja, del caballo, del puerco y del perro, domesticados ya, las mismas especies salvajes que en el período precedente. Tampoco sabemos que en la vegetación hubiese alteraciones importantes.

En cambio, el revestimiento humano del paisaje pirenaico se intensificó y se extendió notablemente. Muchas zonas, antes apenas habitadas, fueron ocupadas por el hombre. Las altas montañas, sobre todo, recibieron una población relativamente numerosa y empezaron a ser recorridas por rebaños de ovejas, de cabras y de vacas. Tales las sierras de Gibijo, de Arrato, de Gorbea, de Oiz, de Aizkorri, de Entzia-Urbasa, de Ataun-Burunda, de Elosua-Polpol, de Aralar, de Orin, de Belabieta, de Larrun-Atxuri, de Artzamendi-Iuskadi, de Urrixka-Berdaritz, de Sorogain-Astakarri, de Lindus-Atalosti, de Irati Abodi y de Ahuski, donde existen numerosas estaciones dolménicas. Estas ocupan generalmente los pasturajes y los collados y portillos que dan acceso a aquéllos (fig. 82).

También en zonas más bajas existían, como es natural, establecimientos humanos: son prueba de ello los dólmenes de Añes, de la Rioja, del valle de Cuartango, de la Llanada de Vitoria, de Elgea, de Alzania, de Kalamua, de Gorriti, de Belate, de Landarbaso, de Jaizkibel, de Ibardin, de Abarratei, etc., y los yacimientos



Figs. 82 y 83.

eneolíticos de Mairuelegorreta, de Surbi, de Santimamiñe, de Lumentxa, de Urtiaga, de Jentiletxêta, de El Castellar, de Isturitz y otros.

El clima, semejante al actual, y la diversidad de zonas escalonadas de abajo arriba, de suerte que se complementen para asegurar los pastos durante todas las estaciones del año, imponían a los herbívoros frecuentes migraciones, lo que dió origen a la trashumancia pastoril, la

cual había de constituir en adelante uno de los rasgos más originales de la economía pirenaica.

Se ve, pues, que los animales y, con ellos, los hombres que los explotaban, se extendían por el país, respondiendo a la vocación de sus valles y montañas. La situación de sus estaciones da una pauta para señalar los caminos que a la sazón cruzaban nuestra tierra (figura 83).

Habida cuenta del número de dólmenes conocidos y de los que se tiene noticia por la toponimia y por la tradición en las comarcas del país hasta ahora estudiadas, así como de las grutas sepulcrales y del promedio de los muertos depositados en éstas y en aquéllos, llegamos a obtener el número aproximado de 5.000 individuos que formaban la población pastoril del territorio vasco.

Alrededor del pastoreo y en virtud de contactos con diversos pueblos a que daba ocasión la trashumancia, se formó en el Pirineo y en las regiones colindantes una cultura relativamente destacada que no conoció igual desde los buenos tiempos del Magdaleniense.

El hombre. — Nuestra población eneolítica presentaba rasgos antropológicos congruentes con los del vasco actual. Este hecho nos ha sido revelado por el cráneo humano descubierto en el nivel eneolítico de Santimamiñe, por el de Urtiaga (infantil) y, sobre todo, por los hallados en los dólmenes de los pasturajes elevados, es decir, en los de Aralar, de Aizkorri y de Urbasa ⁽¹⁾.

(1) Aranzadi, Barandiarán y Eguren, *Exploraciones de la cueva de Santimamiñe*, 2ª memoria, pág. 33 (Bilbao, 1931). Aranzadi y Barandiarán, *Exploración de la cueva de Urtiaga*, II, "Eusko-Jakintza",

Esto significa que los pastores trashumantes prehistóricos de nuestras sierras eran del mismo tipo físico que sus sucesores los vascos históricos. Los caracteres de su raza, denominada "raza pirenaica occidental" por el antropólogo belga Víctor Jacques, son los siguientes: predominio de la mesocefalia; sienes abultadas; orificio occipital con el borde anterior muy metido o hundido, lo que hace que, al erguirse el pescuezo, la barbilla quede algo recogida; mandíbula inferior estrecha y mentón saliente; nariz bastante larga y punteaguda, etc.

En los países circumpirenaicos, donde antaño el tipo de Cro-Magnon predominara en la población del Paleolítico superior (cráneos de Camargo en Santander, de Parpalló en Valencia, de Duruthy en las Landas), ahora existían diversos tipos de hombres, tales como este del Pirineo vasco (*raza pirenaica occidental*) emplazado entre los acrocéfalos de Cataluña y los braquicéfalos del occidente cantábrico. El profesor Alcobé, que la ha reconocido en el valle de Arán, dice que el hallazgo del tipo pirenaico-occidental en Arán, desde luego más o menos atenuado por cruzamiento, es nuevo argumento en apoyo de la antigua dispersión geográfica del mismo mucho más extensa que la actual residencia de sus más característicos representantes ⁽¹⁾.

vol. II, pág. 321, 1948. -Aranzadi y Ansoleaga, *Exploración de cinco dólmenes del Aralar* (Pamplona, 1915; *Exploración de catorce dólmenes del Aralar* (Pamplona, 1918). Aranzadi, Barandiarán y Eguren, *Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano* (San Sebastián, 1919); *Exploración de seis dólmenes de Aizkorri* (San Sebastián, 1919); *Exploración de seis dólmenes de Urbasa* (San Sebastián, 1922). Aranzadi y Barandiarán, *Exploración de ocho dólmenes de la sierra de Aralar* (San Sebastián, 1924.)

⁽¹⁾ Antropología de la población actual de las comarcas pirenaicas, "Pirineos", I, pág. 114.

Viviendas y sepulturas. — Las cuevas eran utilizadas todavía como viviendas y como sepulturas. En las de Santimamiñe, de Lumentxa, de Bolinkoba, de Mairuelegorreta, de Arratandi, de Jentiletxeeta, de Urtiaga, de Ermitia, de Urio y de Isturitz sus moradores ocuparon el portal con hogares en el interior a poca distancia de la entrada. El hogar tenía forma de hoyo circular poco profundo abierto en el suelo y rodeado de algunas piedras, según se ha podido comprobar en Santimamiñe, en Lumentxa y en Urtiaga.

Además de las cuevas había viviendas al aire libre, construcciones rústicas sin duda; pero de ellas no conocemos aún su forma. Es de suponer, sin embargo, que en los pasturajes, tales viviendas, generalmente temporarias, serían semejantes a las actuales chozas pastoriles.

El único tipo de construcción de este período que conocemos en nuestro país es el dolmen. Este es un monumento sepulcral capaz de contener algunos o muchos cadáveres. Se halla formado por varios bloques de piedra sin labrar, verticalmente dispuestos sobre el suelo, de suerte que formen un recinto de planta rectangular frecuentemente, y de más de cuatro lados otras veces. Sobre estos bloques está la cubierta: una o más losas grandes. La piedra que cierra el recinto por el lado de Oriente suele ser más baja que las otras, de modo que entre ella y la cubierta quede un hueco: es la entrada del dolmen. El eje mayor de la planta del dolmen está orientado aproximadamente de E. a W., quedando la piedra de entrada del lado E. El conjunto suele hallarse casi siempre rodeado y a veces cubierto

por un túmulo o montículo de tierra y de cantos informes (fig. 84).

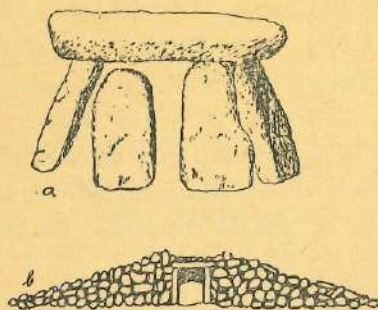


Fig. 84. — a), Dólmen de Aizkomendi (En Eguilaz, Alava); b), corte vertical del dólmen de Artekosaro (sierra de Urbasa).

Hay dólmenes cuyo túmulo está rodeado de un círculo de piedras metidas en el suelo, como formando un

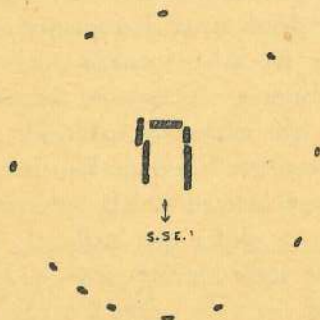


Fig. 85. — "Dolmen de Mokua".

cromlech, según puede apreciarse en la figura 85. Tales son los de Mokua, Iragorri, Iuskadi y Atalosti.

El dolmen más sencillo tiene una sola cámara sensiblemente rectangular: es el tipo más general en el país. Algunos hay que tienen dos cámaras contiguas, como el de Jentillarri, de Arzábal, de Berdaritz (galerías cubier-

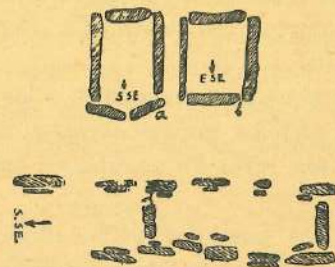


Fig. 86. — Arriba: Croquis en planta de los dólmenes de Miruatza (a), en Ataun, y de Ausukoi (b), en Aralar. Abajo: Croquis, en planta, de la galería cubierta de Jentillarri (Aralar).

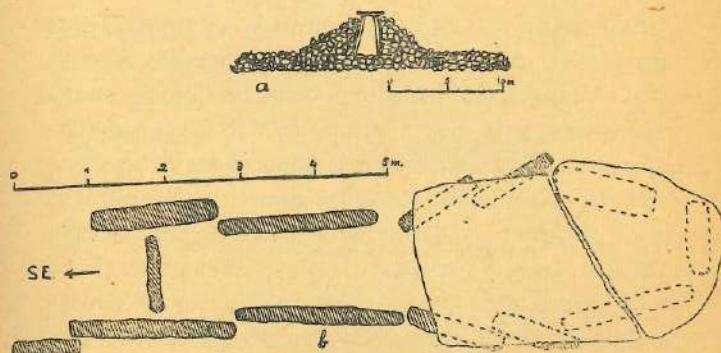


Fig. 87. — "Txabola de la hechicera", dólmen de corredor situado en el término Lanagunilla de Elvillar (Alava): a), corte vertical NE. - SW. del túmulo en dos pisos concéntricos y de la cámara; b), croquis en planta de la cámara, de la antecámara y del corredor. De la cubierta sólo se conserva la parte correspondiente a la cámara.